

320.12
T1981

GEOGRAFÍA POLÍTICA

ECONOMÍA MUNDO, ESTADO-NACIÓN Y LOCALIDAD

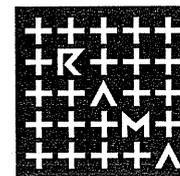
2ª edición, corregida y aumentada

por

Peter J. Taylor

Colin Flint

689154 EEP Oct. 29/02



TRAMA EDITORIAL

Colección ECÚMENE

Este libro está dedicado a
nuestras esposas
ENID Y COURTNEY

AHH 9795

Traducción: Adela Despujol Ruiz-Jiménez
y Heriberto Cairo Carou

Portada: Pablo Maojo

Primera edición en español, Noviembre de 1994. Segunda edición, corregida y aumentada,
Mayo de 2002.

© Trama Editorial, S.L.

Apartado Número 10.605, 28080 Madrid, España.

Primera edición en inglés, 1985. Segunda edición, 1989. Tercera edición, 1993. Cuarta
edición, 2000.

© Pearson Education Limited 1985, 1989, 1993, 2000.

Esta traducción de la cuarta edición en inglés de *Political Geography: World-Economy,
Nation-State and Locality* se publica por acuerdo con Pearson Education Limited.

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

ISBN: 84-89239-32-0

Depósito legal: M-21308-2002

Realización Gráfica: Carácter, S. A.

principal cambio de esta edición, pero como en ediciones anteriores, en todos los capítulos se han hecho revisiones que reflejan cambios en el mundo, en las ciencias sociales y en la autoría. Por último, agradecemos a Triona O'Connor y a Katja Weber por su ayuda en la recogida de datos y en el suministro de fuentes para las tablas nuevas y para las que han sido puestas al día.

Finalmente, queremos manifestar nuestro agradecimiento a las siguientes personas o instituciones por el permiso otorgado para reproducir material sujeto a *copyright*: a OPA (Ámsterdam) B. V. Por las figuras 2.4, 2.5, 2.6, 2.7, 2.8 y 2.9; a la Association of American Geographers por la figura 2.10, del artículo de Jan Nijman: «The limits of superpower: the United States and the Soviet Union since the World War II», *Annals of the Association of American Geographers*, 1992, 82: 681-95, y por las figuras 3.12, 3.13, 3.14 y 3.15, del artículo de Richard Grant y Jan Nijman: «Historical changes in U.S. and Japanese foreign aid to the Asia-Pacific region», *Annals of the Association of American Geographers*, 1997, 87: 32-5; a John O'Loughlin y la Association of American Geographers por las figuras 6.16, 6.17 y 6.18, del artículo de John O'Loughlin et al.: «The diffusion of democracy, 1946-1994», *Annals of the Association of American Geographers*, 1998, 88: 545-74; y a Michael Shin por la figura 8.1, de una tesis doctoral inédita de la Pennsylvania State University.

Se ha hecho el mayor esfuerzo para identificar a los propietarios de los derechos del material sujeto a *copyright*, pero en algunos casos ha sido un esfuerzo infructuoso y aprovechamos esta oportunidad para disculparnos con los propietarios de cualesquiera derechos hubiéramos infringido involuntariamente

Peter Taylor, Tynemouth (Inglaterra)
Colin Flint, University Park (Pennsylvania, EE UU)
Octubre 1998

CAPÍTULO 1

EL ANÁLISIS DE LOS SISTEMAS-MUNDO EN GEOGRAFÍA POLÍTICA

Considere el lector estos dos números: 358 y 2.500.000.000. El primer número podría corresponder al de los habitantes de una pequeña población de la zona desértica de Kansas, o al tamaño de la audiencia de un concierto en Berlín, o al número de votos que obtendría el candidato de un pequeño partido en unas elecciones celebradas en Gran Bretaña. Dos mil quinientos millones es algo completamente distinto: es un número mucho, mucho mayor que la «ingente» población de China, se aproxima a la población de los Estados Unidos multiplicada por diez y es casi la mitad de los habitantes que tiene en la actualidad nuestro planeta. Estas dos cifras se relacionan en una asombrosa estadística publicada en el *Informe del Desarrollo* de 1996 elaborado por las Naciones Unidas: las 358 personas más ricas del mundo tienen la misma cantidad de riqueza que los dos mil quinientos millones más pobres. ¡Guau! No es frecuente que un solo hecho pueda sintetizar el mundo, pero éste casi lo consigue. Resulta evidente la polarización creciente de la riqueza —los ricos se enriquecen cada vez más y la mayor parte del resto se empobrece— que se ha producido en las dos últimas décadas en el interior de las ciudades y entre las ciudades, y se ha notado la misma polarización en el interior de los países y entre ellos mismos; pero ahora todas las implicaciones de estas tendencias quedan a la vista en su totalidad global. Ésta es una realidad, quizás la realidad, de la globalización.

Globalización es la palabra que está de moda en las ciencias sociales en los años noventa, y ha tenido tanto éxito que ha penetrado en la imaginación popular. La gente de todo el mundo espera ver el Campeonato Mundial en la televisión desde el lugar donde se celebre; verdaderamente se trata de un «acontecimiento mundial». Y lo que quizá sea más importante es que la globalización se ha introducido en los debates políticos: por ejemplo, los Estados suelen alegar la competición económica global como motivo para reducir los recursos que dedican a prestaciones sociales. Tras casi un siglo de políticas de redistribución que han adoptado muchas formas (*new deals**, guerras contra la pobreza, campañas de ayuda internacional, Estados del bienestar socialdemócratas y paternalismo democristiano), este tipo de políticas está patas arriba. En la globalización se está invirtiendo el sentido de las reducciones —moderadas pero, sin embargo, históricas— de las diferencias de riqueza y renta que se han producido en casi todo el siglo XX. En realidad, se está cuestionando todo el futuro del propio Estado. Puesto que el Estado ha constituido el principal tema de interés de la geografía política, este debate ocupará un lugar destacado en este libro. Sin embargo, no es tan simple ni mucho menos como da a entender el proceso de globalización; evidentemente el Estado está cambiando, pero hay una

(*) Alude al *New Deal*, conjunto de políticas internas del presidente de los EE UU F. D. Roosevelt que tenían por objeto combatir la depresión de los años treinta mediante la intervención del Gobierno en la economía. [N. de los T.]

gran diversidad de puntos de vista sobre lo que realmente está ocurriendo. ¿Se trata de una auténtica desaparición del Estado, o sólo es la última de una larga sucesión de adaptaciones del Estado a las nuevas circunstancias? No hay duda de que ésta constituye una época apasionante para estudiar geografía política.

En este libro el enfoque de la geografía política que adoptamos es el de los sistemas-mundo. En este primer capítulo desvelaremos en qué consiste exactamente esta geografía política de los sistemas-mundo. No obstante, podemos señalar desde ahora que, como su nombre indica, nuestra geografía política no se limita simplemente a prestar atención al Estado. Además, este sistema-mundo del que nos ocupamos es mucho más antiguo que los procesos que destacan los autores que escriben sobre la globalización. Nuestro enfoque no niega los cambios radicales que se han producido en épocas recientes sino que trata de situarlos en una perspectiva geohistórica. El principal argumento consiste en que la globalización no ha surgido de la nada. Hay una historia de interacciones mundiales y una geografía de diferenciales de poder y riqueza afín, que han ejercido una gran influencia en el carácter y la forma de la globalización. Por si acaso fueran estas olvidadas, en este texto la globalización se interpreta como la última expresión de prolongados procesos geohistóricos de los que deducimos una geografía política del poder, la intriga y la influencia que resulta fascinante.

I. GLOBALIZACIÓN(ES) Y GEOGRAFÍA POLÍTICA

¿Qué es exactamente la globalización? De la misma palabra podemos deducir que se refiere a una determinada escala geográfica de actividad humana, y en la breve exposición que hemos realizado anteriormente hemos supuesto que los lectores han hecho esa conexión con las pautas sociales y procesos mundiales. Pero tenemos que ser mucho más precisos. No obstante, la globalización es uno de esos conceptos multifacéticos que es muy difícil de definir de forma precisa: siempre que nos encontramos el término tenemos que considerar el contexto en que se utiliza porque, por ejemplo, es probable que la globalización de un economista sea muy distinta de la utilización del término que haga un geógrafo. Teniendo esto en cuenta, podemos señalar ocho dimensiones principales en la globalización:

1. *La globalización financiera* describe el mercado mundial instantáneo de productos financieros que se intercambian en las «ciudades mundiales» de todo el planeta de forma ininterrumpida las veinticuatro horas del día.
2. *La globalización tecnológica* alude a la combinación de tecnologías de comunicaciones y de informática y las correspondientes conexiones por satélite que han creado la «compresión espacio-temporal», la transmisión instantánea de información por todo el mundo.
3. *La globalización económica* describe los nuevos sistemas de producción integrada que permiten a las «empresas globales» utilizar capital y mano de obra por todo el globo.
4. *La globalización cultural* se refiere al consumo de «productos globales» en el mundo, que a menudo conlleva un efecto homogeneizador como en el caso de la «Coca-colización» y el «McMundo».
5. *La globalización política*, que antes destacamos brevemente, es la difusión de una agenda «neoliberal» que fomenta la reducción de los gastos estatales, la desregulación, la privatización y en general las «economías abiertas».

6. *La globalización ecológica* es la inquietud respecto al hecho de que las tendencias sociales actuales sobrepasen la capacidad de la Tierra para sobrevivir como planeta vivo; aspira a ser una «globalización política verde».
7. *La globalización geográfica* se refiere a la reordenación del espacio que sustituye lo «internacional» por prácticas transestatales en un «mundo cada vez con menos fronteras», contemplado a menudo como una red de «ciudades mundiales».
8. *La globalización sociológica* es la nueva mentalidad que ve el surgimiento de una única «sociedad mundial», un todo social interconectado que trasciende las sociedades nacionales.

Estas ocho dimensiones están interconectadas de muchas formas muy complejas y están sujetas a muchas discusiones y disensiones de tipo académico —observen que consideramos problemáticos varios conceptos que señalamos entrecorriéndolos—. Sin embargo, hay algo en lo que todo el mundo parece coincidir: hay algunos cambios fundamentales que andan por ahí que conllevan ciertas reformas de las escalas geográficas a través de las que vivimos en tanto que trabajadores, consumidores, inversores, votantes, telespectadores, turistas, y muchas más de nuestras actividades sociales.

La geografía política de los sistemas-mundo no hace hincapié en la singularidad global de la situación presente. Para los geógrafos políticos la preocupación por lo global no es ninguna novedad. La tradición de diversas geopolíticas y el continuo estudio del mapa político mundial hacen que el geógrafo político tome con cautela el «descubrimiento» reciente de la escala global por parte de la sensibilidad popular y de la ciencia social moderna. Hace noventa años uno de los padres fundadores de la geografía política manifestaba una preocupación parecida:

De ahora en adelante, en la era poscolombina, tendremos que estudiar de nuevo un sistema político cerrado, aunque sea de ámbito mundial. Todas las explosiones de las fuerzas sociales, en vez de disiparse en las zonas cercanas o en un espacio desconocido, tendrán un eco considerable en el otro extremo del mundo (Mackinder, 1904: 22).

Lo que hacía Mackinder era manifestar un interés por los temas internacionales muy en boga a principios de siglo. Puede que actualmente los directores de las empresas multinacionales estén haciendo planes globales, pero lo mismo hicieron los hombres que a finales del siglo XIX «pintaban el mapamundi de rosa»* para asegurarse de que el sol nunca se pondría en el Imperio británico. En esa época había tres ideologías políticas rivales, cada una de las cuales tenía su propio modelo de mundo. Los imperialistas eran partidarios de la competencia interestatal gracias a la cual los fuertes se enriquecerían a costa de los débiles; este modo de pensar acabó provocando dos guerras mundiales y veinticuatro millones de muertos en combate. Los liberales se oponían a este tipo de militarismo y proponían un modelo de mundo alternativo en el que hubiera libre comercio entre los países, cada uno de los cuales se enriquecería según su «ventaja comparativa» para producir artículos para la exportación; crearon clubes internacionales de países (primero la Sociedad de Naciones y posteriormente las Naciones Unidas), para lograr la unidad y contribuir al mantenimiento de la paz. Los socialistas tenían una postura todavía más explícitamente internacional porque, al principio, ha-

(*) Los territorios bajo dominio británico solían colorearse de rosa en los mapamundi [N. de los T].

cían mayor hincapié en la clase social que en el país; crearon la estructura internacional de toma de decisiones más compleja, la Internacional Socialista, a la que se afiliaron todos los partidos políticos socialistas. Así pues, las cuestiones globales tenían una importancia fundamental en la mentalidad de muchas personas de diversas afiliaciones políticas a principios de siglo, época en que surgió la geografía política como objeto de estudio. Por tanto, no es sorprendente que la geografía política tenga una tradición global, tradición que intentamos seguir manteniendo en este libro.

También podríamos remontarnos en el tiempo para encontrar ejemplos anteriores de «globalizaciones» en las prácticas e ideas políticas. El colonialismo y los asentamientos europeos, y las numerosas guerras mantenidas entre potencias europeas fuera de Europa antes del siglo XX, demuestran la existencia de estrategias y conflictos globales. En el siglo XIX varias potencias europeas estuvieron implicadas en la famosa «disputa por África». En el siglo XVIII Gran Bretaña y Francia lucharon en campos de batalla tan distantes como Canadá y la India. En el siglo XVII los Países Bajos desafiaron a España en los dos extremos del globo, en las Indias orientales y occidentales. En el siglo XVI Portugal y España se rigieron por un sistema global ideado por el papa Alejandro VI y confirmado en gran parte en el Tratado de Tordesillas (1494), en virtud del cual se repartían el mundo no europeo utilizando una línea divisoria en el Océano Atlántico (las tierras no europeas al oeste pertenecerían a España, y las tierras al este a Portugal). Evidentemente la historia de las «globalizaciones» es larga.

La cuestión de a qué época se remonta la preocupación por lo global no es trivial. Para decidir en qué época hay que empezar a buscar el nacimiento del mundo actual hemos de basarnos en una teoría, implícita o explícita, de nuestro mundo moderno. Por ejemplo, uno de los límites temporales que se utilizan más habitualmente es la Revolución industrial (1760-1840 aproximadamente), que efectivamente define la sociedad moderna como una sociedad industrial. Sin embargo, una de las características de la globalización contemporánea es que la producción industrial está relativamente dispersa como resultado de la «desindustrialización» de muchos de los países más ricos del mundo, que se ha producido en las dos últimas décadas. Tener una planta siderúrgica ha dejado de ser un signo de modernidad como ocurría en el pasado (Taylor, 1998). Al deshacer el vínculo entre lo «industrial» y lo «moderno» el análisis de los sistemas-mundo utiliza una perspectiva temporal mucho más larga. Según este análisis los orígenes de la modernidad están relacionados con la expansión geográfica del poder europeo. Esto conlleva un marco teórico que gira en torno a la economía-mundo capitalista que surgió en Europa en la época posterior a 1450 y que se fue extendiendo hasta que en 1900 abarcó todo el mundo. Aunque actúen en contextos muy diferentes, tanto el papa Alejandro VI en Tordesillas en 1494 como los hinchas brasileños, nigerianos, japoneses o italianos que animan a su equipo en los partidos del Campeonato del Mundo de fútbol que ven en la televisión de un bar de Sao Paulo, Lagos, Tokio o Milán en 1998 forman parte de la misma trama moderna.

Cada una de las «globalizaciones» que antes hemos definido de forma breve es distinta, por la razón obvia de que muchas cosas han cambiado a lo largo de los siglos. La globalización actual constituye el ejemplo más vivo de cómo se ha visto afectada globalmente la vida de la gente debido en parte a que las comunicaciones instantáneas en todo el mundo han tenido un impacto esencialmente distinto. La Guerra del Golfo de 1992, por ejemplo, fue el primer enfrentamiento importante que ha habido en el mundo que la gente pudo contemplar, al mismo

tiempo que ocurría, en la televisión de su cuarto de estar. Así pues, no es de extrañar que la utilización generalizada del término globalización para referirse a procesos mundiales sea muy reciente. En tanto que invención de nuestra época, esta palabra refleja nuestra reciente política mundial. En dos palabras, es el término que sucede a la división tripartita de «primer mundo», «segundo mundo» y «tercer mundo». Es muy sencillo, los dos últimos «mundos» han desaparecido como categorías significativas: el «segundo mundo», en cuanto alternativa socialista, se esfumó con la desaparición de la URSS y con el fin de la Guerra Fría; un «tercer mundo» de países más pobres desapareció cuando surgieron las economías del Pacífico asiático. La consecuencia ha sido «un mundo» centrado en tres regiones principales: América del Norte, Europa Occidental y Asia Oriental. Obsérvese que no es «global» en el sentido de que incluya la totalidad, por lo que en ocasiones ha recibido la denominación de «globalización desigual» (Holm y Sorenson, 1995). Es evidente que la comunicación instantánea no ha tenido como resultado el «fin de la geografía», como han sostenido algunos.

La última cuestión es importante porque, a pesar de su «patrimonio global», la geografía política como subdisciplina ha procurado fundamentalmente entender el Estado moderno y las relaciones que establece con el territorio y la nación. No obstante, es importante ser consciente de que aunque la globalización actual no suponga una considerable «alteración de la escala» de las actividades no agota ni mucho menos todo el tema. Interesarse por lo global no debería tener como consecuencia olvidar otras escalas geográficas, como la local y la nacional. Ésta es el tema central de la geografía política, y las relaciones entre las distintas escalas geográficas son las que ocupan el papel central en la geografía política que expondremos seguidamente. Sin embargo, las escalas geográficas no se pueden estudiar independientemente de una teoría social que configure las interpretaciones y organice los argumentos. Aquí es donde entra en acción el análisis de los sistemas-mundo.

El enfoque de los sistemas-mundo de Wallerstein (1979) en las ciencias sociales ha originado gran cantidad de literatura científica en los últimos años, lo que ha supuesto desarrollos teóricos sustanciales de las ideas originales, así como críticas desde diversas perspectivas alternativas. En este libro no pretendemos entrar en este debate, sino que nos hemos limitado a elegir el marco conceptual de Wallerstein por el hecho de que nos ha parecido sumamente útil para ordenar y comprender el objeto de estudio de la geografía política (Taylor, 1982). No se sabe si algo es bueno hasta que se pone a prueba, por así decirlo: los restantes capítulos de este libro pretenden demostrar la competencia de la geografía política de los sistemas-mundo, y lo que resta de este capítulo define el enfoque analítico de los sistemas-mundo y la adaptación que hemos hecho del mismo a la geografía política.

II. EL ANÁLISIS DE LOS SISTEMAS-MUNDO

El análisis de los sistemas-mundo plantea la cuestión de cómo conceptualizamos el cambio social. Se suele describir este tipo de cambios hablando de sociedades que son equiparadas a países; de ahí que hablemos de «sociedad británica», «sociedad estadounidense», «sociedad brasileña», «sociedad china», etc. Puesto que en el mundo de hoy hay más de 200 Estados, los estudiosos del cambio social tendrían

que habérselas con más de 200 sociedades» diferentes. La ciencia social ortodoxa acepta esta concepción que podemos llamar el supuesto de la sociedad múltiple; pero el análisis de los sistemas-mundo no acepta que este supuesto sea un punto de partida válido para comprender el mundo moderno.

En vez de defender que el cambio social tiene lugar país por país, Wallerstein (1979) postula la existencia de un «sistema-mundo» que en la actualidad tiene una extensión global. Si aceptamos este «supuesto de una sociedad única», las numerosas «sociedades nacionales» se convierten simplemente en partes de un todo mayor, por lo que un determinado cambio social sólo puede ser comprendido en su totalidad en el contexto más amplio del sistema-mundo moderno. Por ejemplo, la decadencia de Gran Bretaña desde finales del siglo XIX no es exclusivamente un «fenómeno británico», forma parte de un proceso más amplio del sistema-mundo al que llamaremos «decadencia de la hegemonía». Si se trata de explicar este cambio social específico teniendo en cuenta solamente a Gran Bretaña, se obtiene una visión muy parcial de los procesos que empezaban a desarrollarse a finales del siglo XIX.

Claro está que el enfoque de los sistemas-mundo no es el primer intento de poner en cuestión el pensamiento ortodoxo en las ciencias sociales; de hecho, Wallerstein se propone, manifiestamente, conjugar dos retos teóricos anteriores. En primer lugar, toma prestadas ideas y conceptos de la escuela de historia francesa de los *Annales*, que no aprobaba el exceso de detalle de la historia de principios del siglo XX, y hacía hincapié en los acontecimientos políticos, sobre todo en las maniobras diplomáticas. Esta escuela abogaba por un enfoque más holístico en el cual las actividades de los políticos constituyeran sólo una pequeña parte de la historia de la gente corriente; los políticos y sus diplomacias iban y venían, pero el estilo de vida cotidiana seguía teniendo las mismas bases materiales ambientales y económicas. Así pues, se hacía hincapié en las raíces sociales y económicas de la historia en lugar de destacar la fachada política, que es lo que hacían los textos ortodoxos. Probablemente lo que mejor resume este enfoque es la expresión de Fernand Braudel *longue durée*, que representa la estabilidad materialista que subyace a la volatilidad política (Wallerstein, 1991).

En segundo lugar, Wallerstein utiliza la crítica neomarxista de las teorías del desarrollo de la ciencia social moderna. La evolución de la ciencia social después de la Segunda Guerra Mundial coincidió con la proliferación de nuevos Estados en las antiguas colonias europeas, y su aplicación a los problemas de estos nuevos Estados fue fundamental para poner al descubierto las serias limitaciones de dichas teorías. En 1967 Gunder Frank publicó una crítica apocalíptica de las nociones de la ciencia social sobre la «modernización» en estos nuevos Estados, que puso de manifiesto que las ideas originadas en las zonas más prósperas del mundo no podían aplicarse a zonas más pobres sin que el análisis se desvirtuara por completo. La tesis principal de Frank era que los procesos económicos actuaban de manera distinta dependiendo de la parte del mundo de que se tratara; por este motivo, Europa Occidental, Japón y Estados Unidos han podido desarrollarse, mientras que casi todo el resto del mundo ha experimentado el «desarrollo del subdesarrollo». Esta expresión resume el principal argumento de esta escuela, en el sentido de que para los Estados nuevos el problema no es «ponerse al día», sino que de lo que se trata es de cambiar todo el proceso de desarrollo a escala global (Wallerstein, 1991).

El enfoque analítico de los sistemas-mundo intenta combinar de una forma selectiva elementos críticos de la historia materialista de Braudel con los estudios

neomarxistas sobre el desarrollo de Frank, añadiendo algunas características nuevas, con el fin de hacer una ciencia social histórica comprensiva. En palabras de Goldfrank (1979), Wallerstein «devuelve la historia» de modo explícito a la ciencia social. Además, podríamos decir que, al desarrollar las ideas de Frank, también «devuelve la geografía» a la ciencia social: el propio Wallerstein (1991) se refiere a las «realidades espacio-temporales» como el objeto de su interés. En pocas palabras, existen más claves para entender el mundo en que vivimos que las que se pueden encontrar estudiando los países «avanzados» del mundo de finales del siglo XX, por muy riguroso o erudito que sea dicho estudio.

II.1. Sistemas históricos

La ciencia social moderna representa la culminación de una tradición que pretende elaborar leyes generales que se puedan aplicar a cualquier época y lugar. Un ejemplo conocido es el intento de equiparar la decadencia del Imperio británico con la decadencia del Imperio romano casi dos mil años antes. Asimismo, a menudo se da por supuesto que la «naturaleza humana» es universal, por lo que sería posible aplicar a otras culturas y a otras épocas las motivaciones de la conducta humana que se pueden encontrar hoy en los países «avanzados». Un ejemplo relevante es el afán de lucro a la hora de fijar un precio en el mercado, lo que históricamente sólo existe en la sociedad moderna. Suponer que esta motivación existía en sociedades del pasado es cometer un error que Polanyi (1977) denomina «falacia economicista». Lo importante es precisar el alcance de las generalizaciones, para lo cual Wallerstein utiliza el concepto de sistema histórico.

Los sistemas históricos son las «sociedades» de Wallerstein. Son sistemas porque se componen de partes interrelacionadas que forman un todo único; pero también son históricos en el sentido de que nacen, se desarrollan durante un cierto período de tiempo, y después entran en decadencia. Aunque Wallerstein sólo admite la existencia de un sistema de este tipo en la actualidad, en el pasado ha habido innumerables sistemas históricos.

Sistemas de cambio

Aunque cada sistema histórico es único, Wallerstein afirma que se pueden clasificar en tres tipos de entidades principales. Estas entidades se definen por su modo de producción, que Wallerstein concibe, en términos generales, como la organización de la base material de la sociedad. Este concepto es mucho más amplio que la definición ortodoxa marxista, porque se refiere no sólo a la forma en que se dividen las actividades productivas sino también a las decisiones sobre la cantidad de bienes que hay que producir, sobre su consumo o acumulación y sobre su posterior distribución. Utilizando esta amplia definición, Wallerstein distingue sólo tres formas básicas de organizar la base material de la sociedad —si se quiere consultar una interpretación más compleja de los sistemas históricos desde la perspectiva de los sistemas-mundo, véase la obra de Chase-Dunn y Hall (1997)—. Estos tres modos de producción están asociados a un tipo de entidad o sistema de cambio: el minisistema, el imperio-mundo y la economía-mundo.

El minisistema es la entidad que se basa en un modo de producción recíproco y de linaje. Es el modo de producción primario y se basa en una escasa especiali-

zación de las actividades. La producción se efectúa mediante la caza, la recolección o una agricultura rudimentaria; el intercambio entre los productores es recíproco, y la edad y el género constituyen el principio fundamental de organización. Los minisistemas son familias extensas o grupos de parentesco de tamaño reducido cuyo rango geográfico es fundamentalmente local y que perduran solamente unas cuantas generaciones antes de su destrucción o dispersión. Han existido innumerables minisistemas de este tipo; pero ninguno ha sobrevivido hasta nuestros días, porque todos han sido sustituidos e integrados en sistemas-mundo mayores.

Es preciso aclarar que, cuando utiliza Wallerstein, al hablar de los sistemas sociales, el término «mundiales» no quiere decir que dichos sistemas sean «globales», sino simplemente que incluyen elementos que no se reducen a las actividades cotidianas locales de sus miembros. Hay dos tipos de sistemas-mundo dependiendo de su modo de producción: el imperio-mundo y la economía-mundo.

El imperio-mundo es la entidad que se basa en un modo de producción redistributivo tributario. Los imperios-mundo han adoptado diversas formas políticas, pero todos ellos comparten el mismo modo de producción, en el que hay un amplio grupo de productores agrícolas que disponen de una tecnología lo suficientemente desarrollada para generar un excedente de producción por encima de sus necesidades inmediatas. Este excedente permite que haya productores especializados no agrícolas, como artesanos y administradores. Mientras que el intercambio entre productores agrícolas y artesanos es recíproco, la característica distintiva de este sistema es la apropiación de parte del excedente por los administradores que constituyen una clase dominante burocrático-militar. Dicho tributo se canaliza hacia arriba originando una desigualdad material a gran escala que no existe en los minisistemas. Esta redistribución puede mantenerse tanto en una estructura política unitaria (el Imperio romano), como en una estructura fragmentada (la Europa feudal). A pesar de las notables diferencias políticas que las separan, Wallerstein afirma que todas estas «civilizaciones», desde la Edad de Bronce hasta un pasado no muy lejano, tienen la misma base material en sus sociedades: todas son imperios-mundo. Estos imperios-mundo son menos numerosos que los minisistemas pero, no obstante, han existido docenas de ellos desde la Revolución neolítica.

La economía-mundo es la entidad que se basa en el modo de producción capitalista. El criterio por el que se rige la producción es la obtención de beneficios y el incentivo fundamental del sistema es la acumulación del excedente en forma de capital. No hay una estructura política dominante, ya que el mercado es, en definitiva, quien controla con frías riendas la competencia entre las diversas unidades de producción, por lo que la regla básica consiste en acumular o perecer. Así, en este sistema las unidades eficaces prosperan y acaban con las menos eficaces vendiendo más barato en el mercado. Este modo de producción es el que define a la economía-mundo.

Históricamente las economías-mundo han sido extremadamente frágiles, y los imperios-mundo las han integrado y sojuzgado antes de que tuvieran la oportunidad de convertirse en sistemas de expansión de capital. La gran excepción es la economía-mundo europea que surgió a partir de 1450 y sobrevivió, llegando a dominar todo el mundo. Una fecha clave para su supervivencia es el año 1557, cuando los Habsburgo españoles y austriacos, y su gran rival la dinastía francesa de los Valois se arruinaron al intentar dominar la incipiente economía-mundo

(Wallerstein, 1974a: 124). No es en absoluto descabellada la idea de que el fracaso de estos últimos intentos de creación de un imperio-mundo no fue debido a una derrota militar sino a las maniobras de los banqueros «internacionales». En 1557 la economía-mundo ya había aparecido y sobrevivía a la vulnerabilidad de las primeras épocas; estaba al principio de un largo camino que la llevaría a convertirse en el único ejemplo histórico de una economía-mundo en pleno desarrollo. A medida que se extendía fue eliminando a todos los minisistemas e imperios-mundo que quedaban, hasta llegar a ser auténticamente global en torno a 1900.

Tipos de cambio

Ahora que conocemos todas las entidades que estudia el análisis de los sistemas-mundo, podemos señalar las formas fundamentales que puede adoptar el cambio social, que se pueden reducir a cuatro: transición, incorporación, ruptura y continuidad. A fin de evitar confusiones, no está de más repetir que estas entidades —los minisistemas, los imperios-mundo y la economía-mundo—, que son objeto del cambio, son las «sociedades» que estudia esta teoría social histórica.

Los dos primeros tipos de cambio son formas diferentes de transformación de un modo de producción en otro. Se puede llamar transición a la transformación que ocurre como consecuencia de un proceso interno, el cual induce la transformación de un sistema hasta convertirlo en otro diferente. Por ejemplo, en circunstancias favorables los minisistemas han engendrado imperios-mundo tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo Mundo. Asimismo un imperio-mundo, el de la Europa feudal, fue el predecesor de la economía-mundo capitalista; la transición de uno a otro se produjo a partir de 1450.

La incorporación es la transformación que ocurre como consecuencia de un proceso externo. Los imperios-mundo, a medida que se iban extendiendo, conquistaban e incorporaban minisistemas. Estos grupos conquistados eran reorganizados para que pasaran a formar parte de un nuevo modo de producción mediante la entrega de tributos a los conquistadores. Asimismo, la economía-mundo al extenderse ha incorporado minisistemas e imperios-mundo, cuyas poblaciones pasan a formar parte de este nuevo sistema. Todos los pueblos de todos los continentes, excepto Europa, han sufrido esta transformación durante los últimos quinientos años.

Las rupturas constituyen el tercer tipo de cambio. Las rupturas se producen entre entidades que, aún siendo diferentes, tienen aproximadamente la misma localización y comparten el mismo modo de producción. Lo que ocurre es que el sistema se desmorona y, en su lugar, se establece otro distinto. En el caso de los imperios-mundo, el ejemplo clásico es la sucesión de Estados chinos. Los períodos entre un imperio-mundo y otro son anárquicos, produciéndose un retroceso parcial a los minisistemas, y se suele hablar de ellos como de las «épocas oscuras». La más conocida es la época entre el hundimiento del Imperio romano y la aparición del feudalismo en la Europa Occidental.

El último tipo de cambio, la continuidad, se produce dentro de los propios sistemas. A pesar de la imagen popular de culturas tradicionales «eternas», todas las entidades son dinámicas y están cambiando continuamente. Estos cambios son fundamentalmente de dos tipos: lineales y cíclicos. Todos los imperios-mundo han mostrado una pauta cíclica de «auge y decadencia»: se iban exten-

diendo e incorporando minisistemas, hasta que el conjunto total de los gastos militares y burocráticos era de tal calibre que las ganancias resultantes eran cada vez menores y, entonces, se producía una contracción. En la economía-mundo, las tendencias lineales y los ciclos de crecimiento y estancamiento forman parte integral de nuestro análisis. A continuación vamos a hablar de ellos con más detalle.

El error del desarrollismo

Hemos aclarado la forma en que el análisis de los sistemas-mundo aborda el cambio social; a partir de ahora, nos centraremos en un sistema determinado, la economía-mundo capitalista, cuya expansión ha eliminado al resto de los sistemas, razón por la que partimos del supuesto de la existencia de «una sociedad única» a la hora de estudiar el cambio social contemporáneo. No se puede hacer excesivo hincapié en la importancia que tiene este supuesto para nuestro análisis, y buena prueba de ello es el error del desarrollismo al que es proclive la ciencia social ortodoxa (Taylor, 1989; 1992a).

La ciencia social moderna ha elaborado muchos «modelos de desarrollo por etapas», y todos ellos dan por sentada la existencia de una secuencia lineal de etapas por la que han de pasar las sociedades (= países). El método fundamental consiste en llegar, a partir de una interpretación histórica de cómo se enriquecieron los países poderosos, a una especulación futurista sobre cómo, a su vez, pueden lograrlo los países pobres (Fig. 1.1). El ejemplo más conocido es el de las etapas de crecimiento económico de Rostow, que generaliza la historia económica británica en cinco etapas, a modo de escalones, que van desde «la sociedad tradicional», como primera etapa, hasta «la era del consumo de masas», como última etapa. Rostow (1960) utiliza este modelo para situar a los distintos

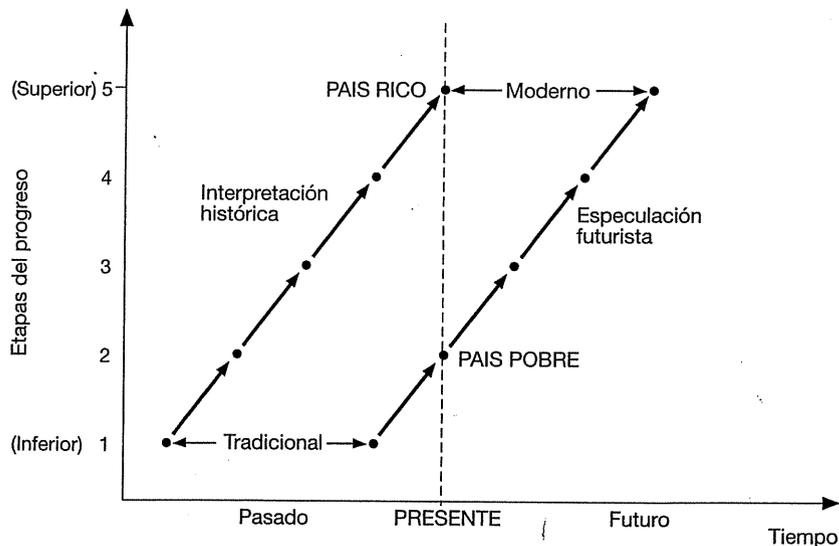


Figura 1.1 El desarrollismo.

países en distintas fases de este proceso. Los países «avanzados», es decir, los ricos, están en el escalón superior, mientras que los Estados del «Tercer Mundo» están en los escalones inferiores. Esta forma de conceptualizar el mundo ha sido muy popular entre los geógrafos, que aplican los modelos por etapas a una amplia gama de fenómenos, como el cambio demográfico y las redes de transporte. Todos parten de la base que los Estados pobres pueden recorrer la senda del desarrollo, que básicamente es la misma que han culminado los Estados «avanzados», pero pasan completamente por alto el contexto general en que se produce el desarrollo. Olvidan que cuando Gran Bretaña se hallaba en el escalón inferior de la escalera de Rostow no existía ningún tipo de «consumo de masas» en el otro extremo.

Estos modelos desarrollistas del cambio social ponen de manifiesto las deficiencias del supuesto de la sociedad múltiple. Si se puede llegar a comprender el cambio social basándose en un análisis país por país, entonces no importa en qué etapa se encuentren otros países, puesto que todas las sociedades son objetos de cambio autónomos que recorren la misma trayectoria aunque sea a distinto ritmo y empezando en momentos diferentes. El análisis de los sistemas-mundo rebate este modelo del mundo contemporáneo. El hecho de que algunos países sean ricos y otros pobres no se debe simplemente a que recorren con diferentes ritmos un supuesto camino universal que conduce a la opulencia; al contrario, ricos y pobres forman parte de un único sistema y experimentan distintos procesos en el seno de ese sistema: el desarrollo y el desarrollo del subdesarrollo de Frank. El hecho más importante en lo que respecta a los países que actualmente están en los escalones inferiores de la escala de Rostow es que hay países que disfrutan de las ventajas de estar por encima de ellos en el escalón superior.

Quizá la característica principal del análisis de los sistemas-mundo es que cuestiona el desarrollismo, sustituyendo la imagen simplista del mundo como una serie de países situados en diferentes peldaños por un concepto complejo como el de la economía-mundo capitalista.

II.2. Los elementos fundamentales de la economía-mundo

Una vez que hemos situado el estudio de nuestro mundo en el marco general de los sistemas-mundo, podemos resumir los elementos fundamentales de nuestro sistema histórico, los cuales constituyen la base de todos los análisis que realizaremos posteriormente. Wallerstein (1979) distingue tres elementos fundamentales, de los que nos ocupamos a continuación.

Un mercado mundial único

La economía-mundo consiste en un mercado mundial único que es capitalista, lo que supone que la producción está destinada al intercambio más que al uso; es decir, los productores no consumen lo que producen sino que lo intercambian en el mercado al mejor precio posible. Esos productos se llaman mercancías y su valor viene determinado por el mercado. Por este motivo, el mercado capitalista es una institución que establece los precios, a diferencia de los mercados precapitalistas que se basan en precios fijados tradicionalmente (Polanyi, 1977). Puesto que el precio de las mercancías no es fijo, hay competencia económica entre los

productores, en la cual los más eficaces pueden vender más barato que los demás con el fin de aumentar su participación en el mercado y eliminar a sus competidores. Así el mercado mundial determina a la larga la cantidad, el tipo y la ubicación de la producción. El resultado tangible de este proceso ha sido un desarrollo económico desigual en el mundo. La globalización actual es la última expresión del mercado mundial, y en algunos aspectos la más desarrollada.

Un sistema de múltiples Estados

Contrastando con la existencia de un mercado económico único, siempre ha habido varios Estados políticos en la economía-mundo. Este factor forma parte de la definición del sistema; porque, si un Estado llegara a controlarlo por completo, el mercado mundial estaría sometido a un control político, se eliminaría la competencia y el sistema se transformaría en un imperio-mundo. Por consiguiente, el sistema interestatal es un elemento indispensable en la economía-mundo. No obstante, los Estados son capaces por sí mismos de alterar el mercado dentro de sus fronteras de acuerdo con los intereses del grupo de capitalistas de su nación, y los Estados poderosos pueden alterar el mercado mucho más allá de sus fronteras durante un corto período de tiempo. Algunas interpretaciones de la globalización, por ejemplo, lo consideran una «americanización», una sólida expresión del poder de EE UU para detener el relativo declive económico de las dos últimas décadas. En esto consiste realmente «la política internacional» —o la «economía política internacional», como se la llama cada vez más a menudo—, y el resultado tangible de este proceso es un sistema de Estados competitivos en el que pueden darse diversas situaciones de «equilibrio de poder». En casi todo el período posterior a la Segunda Guerra Mundial había un equilibrio de poder bipolar en torno a EE UU y la antigua URSS; ahora con la globalización puede estar naciendo una contienda bipolar muy distinta entre Estados Unidos y la Unión Europea.

Estructuras tripartitas

El tercer elemento esencial también es de carácter político pero es más sutil que el anterior. Wallerstein afirma que los procesos de explotación de la economía-mundo siempre operan en un formato de tres niveles, debido a que en cualquier situación de desigualdad la interacción entre tres partes es más estable que el enfrentamiento entre dos. Los que están arriba siempre tratarán de manejar la situación para «crear» una estructura tripartita, mientras que los que están abajo tratarán de hacer hincapié en la existencia de dos partes: «ellos y nosotros». La continuidad de la economía-mundo, por tanto, se debe en parte a que los grupos dirigentes han logrado mantener pautas tripartitas en diversos campos conflictivos. Claro ejemplo de ello es que en muchos sistemas políticos democráticos hay partidos de «centro» situados entre la derecha y la izquierda; el caso más general es el fomento de la noción de «clase media» entre el capital y el trabajo desde mediados del siglo XIX. Así pues, desde el punto de vista de los sistemas-mundo, la tendencia polarizante de la globalización actual es inherentemente inestable en el término medio, puesto que está socavando las clases medias. Y, en otros contextos, la aceptación de grupos étnicos «intermedios» ayuda a los grupos dirigentes a mantener la estabilidad y el control en las sociedades plurales. El reconocimiento

oficial de los indios y los «coloureds»* entre las poblaciones negra y blanca de la Sudáfrica del apartheid sólo era un intento de proteger a la clase dominante sosteniendo un «parachoques racial» intermedio. Desde el punto de vista de la geografía, el ejemplo más interesante es el concepto de Wallerstein de «semiperiferia», que separa los dos extremos de bienestar material en la economía-mundo moderna, a los que Wallerstein denomina el centro y la periferia. Definiremos estos términos en el siguiente apartado.

III. LAS DIMENSIONES DE UN SISTEMA HISTÓRICO

Si estamos reintroduciendo la historia en la geografía política la pregunta que se nos plantea es: «¿qué historia?» Varios estudios recientes comparten nuestra inquietud por el olvido de la historia en la geografía, y han tratado de rectificar este hecho presentando breves resúmenes de la historia mundial de los últimos siglos en los capítulos iniciales de sus trabajos. Los peligros e inconvenientes de esta práctica son evidentes: ¿cómo puede realizarse adecuadamente semejante tarea sólo en unas cuantas páginas? La respuesta es que tenemos que ser muy selectivos. El objetivo que tenga la «historia» determina directamente la selección de los episodios de los que se ocupa, lo cual evidentemente no es ninguna novedad, y se puede aplicar a cualquier texto de historia. Pero el objetivo de este libro nos impone unas exigencias muy estrictas.

Tenemos la suerte de que la publicación del *Atlas de historia mundial del Times* (Barraclough, 1998), un proyecto impresionante que ha alcanzado ya la quinta edición, nos ayuda a encauzar la solución de nuestros problemas. La aplicación del enfoque de los sistemas-mundo de Wallerstein a cualquier tema presupone un nivel de conocimiento histórico general que probablemente sea mucho pedir en el caso de bastantes estudiantes. Vale la pena ir a la biblioteca y ojear el atlas histórico del *Times* para hacerse una idea del discurrir de la historia mundial, recomendación que hacemos extensible a todos los lectores de este libro.

Este atlas no utiliza el enfoque de los sistemas-mundo. Está dividido en siete apartados ordenados cronológicamente de la siguiente manera:

1. El mundo de los primeros seres humanos
2. Las primeras civilizaciones
3. Las civilizaciones clásicas de Eurasia
4. El mundo de las regiones divididas (aproximadamente 600-1500)
5. El mundo de la aparición de Occidente (1500-1800)
6. La era del dominio europeo (siglo XIX)
7. La era de la civilización global (siglo XX)

Esta obra se propone explícitamente abordar los temas de una forma global y evita adoptar el enfoque eurocéntrico de muchas de las obras sobre la historia mundial escritas anteriormente. Sin embargo, lleva el sello de la historiografía tra-

(*) El término «coloured» o «kleurling», que en ocasiones es traducido como «mestizo», fue una etiqueta impuesta en la Ley de Registro de la Población de 1950 que se aplicaba a «aquel que en apariencia no es claramente blanco ni indio y que no pertenece a una raza aborigen o tribu africana» [N. de los T.].

dicional porque da la impresión de que ha habido progreso desde la Edad de Piedra hasta la civilización global. De ahí que Wallerstein (1980b) concluya que el *Atlas de historia mundial del Times* representa la culminación de una tradición en vez de significar una ruptura. Las siete partes en las que está dividida se podrían llamar, sin alterar demasiado la idea general, Edad de Piedra, Edad de Bronce, Edad de Hierro clásica, épocas oscuras, la era de la exploración, la era del comercio y del imperialismo del siglo XIX, y la era de la sociedad global y de las guerras mundiales del siglo XX. Wallerstein (1980b) espera que aparezca una obra nueva en la que el crecimiento y la decadencia de los imperios-mundo dentro y fuera de las zonas de minisistemas sean sustituidos poco a poco, a partir de 1450, por la expansión geográfica de la economía-mundo capitalista. Esta obra todavía no existe; mientras tanto, en el atlas del *Times* podemos encontrar una serie de hechos señalados en mapas que, aunque hayan sido realizados según un modelo tradicional, nos pueden resultar útiles para el análisis de los sistemas-mundo.

Una de las ventajas de la adopción del enfoque de los sistemas-mundo es que nos permite ser mucho más explícitos respecto a la teoría que subyace tras la historia que exponemos. El objetivo de este apartado es simplemente establecer un marco histórico de este tipo para nuestra geografía política, que no se limite a reflejar la sensación de progreso que se puede encontrar en otros textos mencionados al principio de este comentario. En lugar de hacer una reconstrucción lineal de la historia vamos a hacer hincapié en los altibajos de la economía-mundo. Además, estos movimientos afectan de diversas maneras a las distintas partes de la economía-mundo. Vamos a presentar estas ideas en una matriz espacio-temporal de la economía-mundo que, en comparación con el atlas del *Times*, es bastante mediocre, pero sin duda ofrece una descripción concisa de los principales acontecimientos que tienen importancia para nuestra geografía política.

La matriz que elaboramos no es arbitraria ni artificial. Tratamos de describir una entidad histórica concreta, la economía-mundo. Las dos dimensiones de la matriz —el espacio y el tiempo— están calibradas de acuerdo con las propiedades sistémicas de la economía-mundo, por lo que de ningún modo se utilizan como si estuvieran desconectadas de la economía-mundo. No son contenedores espacio-temporales en los que «viaja» la economía-mundo, sino que ambas son consecuencia de las relaciones sociales. Se define a la dimensión temporal como la consecuencia social de la dinámica de la economía-mundo, y a la dimensión espacial como la consecuencia social de la estructura de la economía-mundo. Nuestra matriz espacio-temporal es un modelo sencillo que combina la dinámica del sistema con su estructura para servir de marco a la geografía política.

III.1. La dinámica de la economía-mundo

Una de las razones del interés que existe actualmente por la escala global del análisis es que parece que el mundo está luchando por salir de una época de estancamiento económico que parece haber durado dos o tres décadas, cuyo inicio se suele achacar a las subidas del precio del petróleo de los años setenta. Lo que quedó claro de forma inmediata es que la ralentización inicial del crecimiento económico es que no se trataba de un problema estadounidense ni británico ni de ningún Estado, sino que nos encontrábamos ante un problema mundial, que ha sido interpretado más recientemente como globalización: a pesar de haberse producido un crecimiento económico renovado, los niveles de pobreza están aumen-

tando en Estados Unidos, el desempleo ha alcanzado niveles sin precedentes en Alemania, y una crisis bancaria acaecida en Asia pone en peligro el dinamismo del comercio y de las finanzas globales. Este grado de ambigüedad en los cambios económicos hace imposible afirmar con alguna certidumbre si hoy la economía-mundo está experimentando un repunte o no. Esta ambigüedad es, sin duda, la polarización de la globalización que mencionábamos al principio. Por ejemplo, uno de los 358, el financiero internacional George Soros, que encabeza un *boom* de inversiones extranjeras en Argentina de 20.000 millones de dólares, posee ahora la Galería Pacífico, centro comercial de lujo con tiendas de marcas de diseño como *Lacoste* y *Timberland* que satisface las demandas de una nueva clase de profesionales; mientras tanto, en Argentina la tasa de desempleo se acerca al 20 por ciento, de modo que muchos trabajadores de más de cuarenta años se están quedando sin perspectivas de empleo ni pensiones. Éste constituye un clásico ejemplo de «crecimiento con pobreza» de la globalización.

Sea o no la globalización actual reflejo de la salida de la economía-mundo del reciente estancamiento que ha sufrido, es evidente que no es la primera vez que el «mundo» experimenta un estancamiento general de estas características al que sigue una renovada tendencia alcista. El gran *boom* de posguerra que se produjo en las dos décadas tras la Segunda Guerra Mundial siguió a la Gran Depresión de los años treinta. A medida que retrocedemos en el tiempo está menos claro que sucediera este tipo de acontecimientos, pero los historiadores de la economía también señalan que hubo depresiones económicas a finales de la era victoriana y antes de 1850 —la conocida década de «los cuarenta del hambre»—. Entre depresión y depresión había épocas de relativa recuperación y crecimiento. De estas simples observaciones a la idea de que la economía-mundo se ha desarrollado de una manera cíclica hay sólo un paso. El primero en proponer esta idea fue un economista ruso, Kondratieff, por lo que actualmente estos ciclos de cincuenta años reciben su nombre.

Los ciclos de Kondratieff

Los ciclos de Kondratieff se componen de dos fases: una de crecimiento (A) y otra de estancamiento (B). Casi todos los autores están de acuerdo en que se han producido los cuatro ciclos siguientes (las fechas exactas varían):

I	1780/90	———— A	————	1810/17	———— B	————	1844/51
II	1844/51	———— A	————	1870/75	———— B	————	1890/96
III	1890/96	———— A	————	1914/20	———— B	————	1940/45
IV	1940/45	———— A	————	1967/73	———— B	————	?

Se han detectado estos ciclos en series temporales de datos referidos a una gran variedad de fenómenos económicos de muchos países, entre los que se encuentran la producción agrícola e industrial y el comercio (Goldstein, 1988). Según esta interpretación, actualmente nos hallamos en la fase B del cuarto ciclo de Kondratieff, quizá acabándola.

Aunque existe un acuerdo bastante generalizado a la hora de señalar cuáles son estos ciclos, en lo relativo a sus causas hay una controversia mucho mayor. Con toda seguridad están asociados a los cambios tecnológicos, y las fases A pueden relacionarse sin dificultad con los períodos en que se adoptan las innovaciones tecnológicas. Se puede comprobar en la Fig. 1.2, en la que se describen de forma

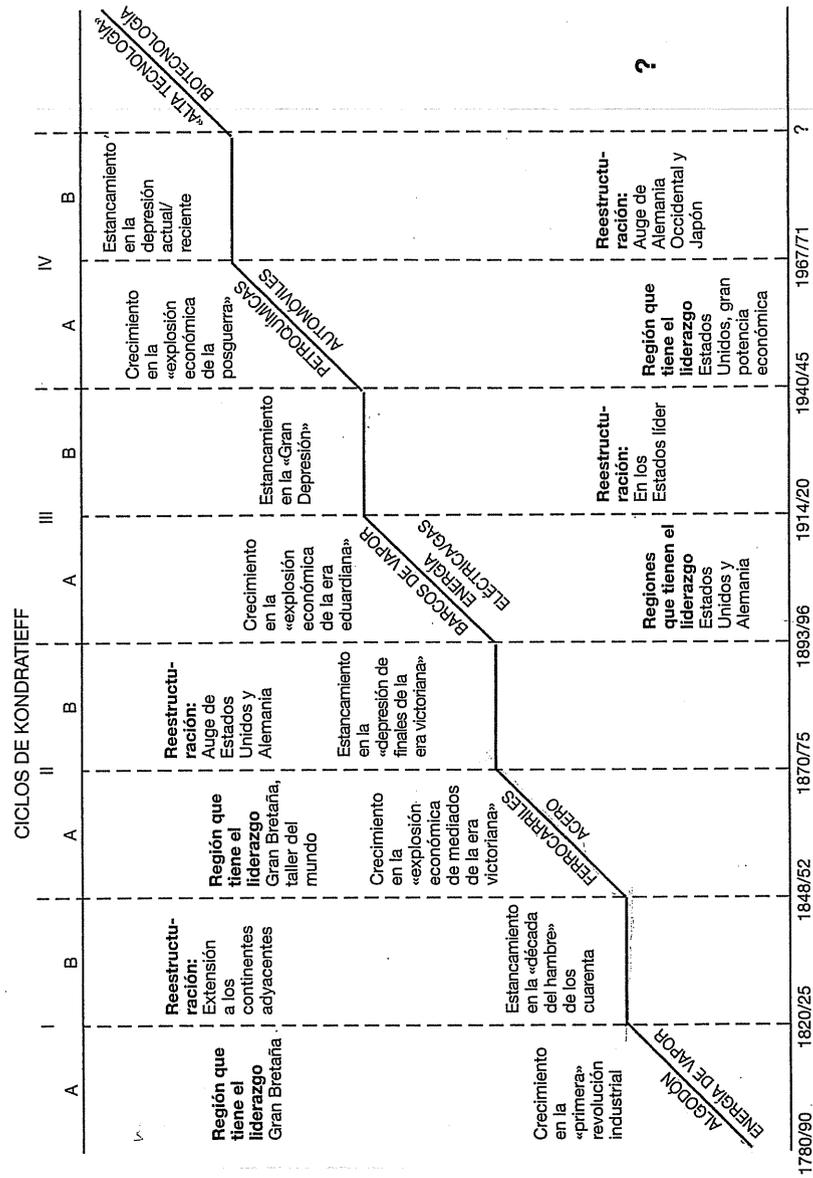


Figura 1.2 Los ciclos de Kondratieff.

esquemática las fases de crecimiento (A) y de estancamiento (B), y figuran los sectores económicos más importantes de cada una de las fases A. Por ejemplo, la primera fase A coincide con la primera «Revolución industrial», con las máquinas de vapor y la industria del algodón. Las posteriores «nuevas revoluciones industriales» también encajan en la misma pauta: con el ferrocarril y el acero (II A), las industrias químicas (petróleo) y las eléctricas (III A), y la industria aeroespacial y la electrónica (IV A). No hay ninguna duda de que la tecnología por sí misma no puede explicar nada, pero ¿cuál es el motivo de que estas innovaciones técnicas se adopten en «oleadas» y no de una forma más regular? La respuesta, desde la perspectiva de los sistemas-mundo, es que esta pauta cíclica es intrínseca a nuestro sistema histórico a consecuencia de la forma de funcionamiento del modo capitalista de producción. Las contradicciones en la organización de la base material hacen que sea imposible un crecimiento acumulativo lineal simple y que sean necesarias fases intermitentes de estancamiento. Vamos a examinar brevemente este argumento.

Una de las características fundamentales del modo capitalista de producción es que no existe un control centralizado general, ni político ni de ningún otro tipo. El mercado confía en que la competencia regule el sistema, y para que haya competencia los empresarios tienen que tomar muchas decisiones que no estén sometidas a un control central y las toman con el fin de obtener beneficios a corto plazo. En las épocas buenas (las fases A) a todos los empresarios les interesa invertir en producción —nuevas tecnologías— puesto que las perspectivas de obtener beneficios son favorables; pero, al no haber una planificación central de la inversión, esas tomas de decisión a corto plazo acaban irremediamente por provocar una sobreproducción que origina el fin de la fase A. En la fase B, por el contrario, las perspectivas de obtener beneficios son escasas por lo que hay una subinversión en producción. Este modo de actuar tiene sentido para los intereses individuales de los empresarios, pero es irracional para el conjunto del sistema. Esta contradicción, a la que se suele denominar anarquía de la producción, origina ciclos de inversión. Tras extraer la mayor cantidad de beneficios posible de un conjunto de procesos productivos basados en una oleada de tecnologías en la fase A, es necesario que tenga lugar la fase B para reorganizar la producción y crear condiciones nuevas para la expansión basadas en otra oleada de innovaciones tecnológicas. Por tanto, las fases de estancamiento tienen su lado positivo por cuanto son períodos de reestructuración en los que el sistema se prepara para el próximo «salto adelante». Esta es la causa de los altibajos de la economía-mundo descritos por las ondas de Kondratieff.

La sustitución de antiguos paquetes de tecnología por otros conlleva decisiones y competición política. Las fases B son los períodos en que las industrias que habían estado a la vanguardia en otra época son reubicadas en zonas donde los salarios son más bajos (como en el caso de la desindustrialización que experimentaron Estados Unidos y Europa en los años ochenta). Para sustituir a estas industrias periferalizadas se introducen otras innovaciones e industrias que hará funcionar la producción en la siguiente fase A (como las florecientes empresas informáticas y de servicios del centro de la globalización). Sin embargo, no basta con reducir los gastos de las industrias existentes y crear productos nuevos; para pasar a otra fase A es preciso que aumente la demanda de los consumidores en la economía-mundo.

Los enfrentamientos políticos que tienen lugar dentro de los países y entre ellos significan una pelea por atraer los procesos del centro al interior de las fron-

teras de cada Estado, como lo demuestran los cambios políticos —o la prisa por pasar a formar parte de «Europa»— que se produjeron en los antiguos países satélite soviéticos de la Europa Central y Oriental a finales de los años ochenta y en los años noventa. Pero si en cada fase B aumentase el número de personas cuyo empleo y tipo de consumo se parecieran a los del centro, la jerarquía centro-periferia acabaría por desaparecer. Para compensar este aumento del número de gente que consume a los niveles del centro, en las últimas fases B hemos asistido a una expansión de las fronteras de la economía-mundo en la que se periferalizaron nuevos territorios y nuevas poblaciones. Ahora que la economía-mundo capitalista abarca todo el globo, los trabajadores que viven en la periferia soportan el peso de una explotación agudizada con el fin de equilibrar el sistema.

Los ciclos de Kondratieff son importantes para la geografía política porque contribuyen a originar ciclos de comportamiento político. Esta relación se desarrolla de una forma directa en la geografía electoral (capítulo 6) y en las geografías políticas locales (capítulo 7), pero las pautas cíclicas están presentes en los análisis que realizamos. En el capítulo 2 el ritmo de las ondas de Kondratieff está relacionado con el nacimiento y el declive de los Estados hegemónicos y de las cambiantes políticas económicas que adoptan. En el capítulo 3 vemos cómo el ritmo histórico del imperialismo formal e informal se ciñe a los ciclos económicos. Las afirmaciones respecto a la existencia de ciclos políticos, en que la historia se repite de manera regular, se han generalizado entre los comentaristas políticos. Por ejemplo, el antiguo secretario de Trabajo del presidente estadounidense Clinton, Robert Reich (1998), compara el clima de complacencia política y apatía electoral que actualmente existe en Estados Unidos con algunas situaciones parecidas hace cincuenta años, en la presidencia de Eisenhower, y hace cien años, en la presidencia de McKinley. En un tono inquietante, Reich señala que esas dos épocas de calma política terminaron bruscamente con reformas y cambios políticos drásticos, como el movimiento de los derechos civiles de los años sesenta. Lo que ponemos de manifiesto en este libro es que la estructura y la dinámica de la economía-mundo capitalista proporciona un marco geográfico-político que explica ese tipo de acciones políticas.

Se podrían decir muchas más cosas sobre cómo se originan estos ciclos; por ejemplo, en la Fig. 1.2 se describe la geografía elemental de la expansión y de la reestructuración. Este «desarrollo desigual» está relacionado con procesos políticos que constituyen tanto estímulos (*input*), para los mecanismos del sistema, como respuestas (*output*), concretadas en la diferencia de poder de los Estados. Lo más importante es hacer hincapié en el hecho de que los mecanismos económicos no actúan aisladamente, por lo que tendremos en cuenta el contexto económico-político en el capítulo 2. Por el momento es suficiente con que aceptemos que la naturaleza de la economía-mundo produce un crecimiento cíclico que puede ser adecuadamente descrito por las ondas de Kondratieff, que suponen la mayor parte de las medidas de la dimensión temporal de nuestra matriz.

Las ondas «logísticas»

¿Qué ocurría antes de 1780? Hemos señalado que la economía-mundo surgió a partir de 1450 pero de momento no disponemos de medidas para este período. Es evidente que, a medida que retrocedemos en el tiempo, las fuentes de datos son cada vez más escasas y menos fiables, por lo que los investigadores están mucho menos de acuerdo sobre la dinámica de los comienzos de la economía-mundo. Algu-

nos, entre los que se encuentra Braudel, se precian de haber encontrado ondas de Kondratieff antes de 1780, pero este tipo de hipótesis sobre aquel período no reciben el mismo apoyo generalizado que la secuencia de la que hemos hablado anteriormente. Sin embargo, cuenta con más apoyo la idea de que existen ondas más largas, de hasta trescientos años, que se conocen como «logísticas». Al igual que las ondas de Kondratieff, estos ciclos más largos tienen fases A y fases B. Las dos ondas logísticas que tienen un especial interés para el análisis de los sistemas-mundo son:

circa 1050 — A — circa 1250 — B — circa 1450
 circa 1450 — A — circa 1600 — B — circa 1750

Las fechas son mucho más inciertas que en el caso de las ondas de Kondratieff, pero parece que hay pruebas suficientes, por lo que se refiere a los datos demográficos y a la utilización de la tierra, que apoyan la idea de que hubo dos ondas muy largas en este período de tiempo.

Los lectores se habrán percatado de que estas ondas logísticas nos remontan a fechas anteriores al inicio de la economía-mundo. No obstante, la primera onda logística tiene interés porque abarca materialmente el auge y la decadencia de la Europa feudal, que fue el sistema que precedió a la economía-mundo. Existe abundante literatura científica sobre la transición del feudalismo al modo de producción capitalista, pero excede al ámbito de este libro; sin embargo, la explicación de Wallerstein (1974a) es relevante porque está relacionada con la primera onda logística y con la aparición de la economía-mundo. La fase B de la primera onda logística refleja, según se deduce de la reducción de las actividades agrícolas en Europa, un auténtico declive en la producción, que es la llamada crisis del feudalismo. Las fases B acaban cuando se encuentra una solución a la crisis. En este caso la solución no fue otra que el desarrollo de un nuevo modo de producción que fue surgiendo, poco a poco, a raíz de la exploración y de los saqueos de América por parte de los europeos; de la creación de nuevas pautas comerciales —especialmente el comercio del Báltico—, y de los adelantos tecnológicos en la producción agrícola. Según Wallerstein, el resultado fue una nueva entidad o sistema, la economía-mundo europea basada en el capitalismo agrícola. Este sistema crea una onda logística de expansión cuando surge, en el «largo siglo XVI», seguida de un estancamiento, con la «crisis» que se produjo en el siglo XVII. No obstante, Wallerstein hace hincapié en que esta segunda fase B del capitalismo agrícola es diferente de la fase B que se produjo a finales del feudalismo; a diferencia del auténtico declive que tuvo lugar en la Europa feudal, la fase B de la economía-mundo es más propiamente una fase de estancamiento, que implica la reordenación de la base material, con lo que algunos grupos y zonas ganaron y otros perdieron. No se produjo una decadencia generalizada, como en la crisis del feudalismo, sino la consolidación del sistema en un modelo nuevo. En este sentido la segunda fase B logística se parece más a la fase B de las ondas de Kondratieff.

De la misma forma que se discute si las ondas de Kondratieff pueden extenderse a épocas anteriores a 1780, hay un desacuerdo parecido sobre si las ondas logísticas pueden extenderse hasta el presente. Si alguna de las dos series se extiende, nos encontramos con el espinoso problema de cómo se relacionan entre sí. Para los objetivos de nuestra matriz eludiremos este problema, utilizando sólo las ondas que hemos descrito, que son las que gozan de amplia aceptación. Por tanto, nuestra dimensión temporal se compone de diez unidades: las fases A y B de la onda logística posterior a 1450 y las cuatro fases A y B de las ondas de Kon-

dratieff. Se puede considerar que estos dos modos distintos de tratar el tiempo establecen una relación entre el capitalismo agrícola y el capitalismo industrial como formas de producción consecutivas de la economía-mundo.

III.2. La estructura espacial de la economía-mundo

Hemos tratado en primer lugar el tema de las características dinámicas de la economía-mundo porque el término de «estructura espacial» suele evocar la imagen estática de una pauta invariable; sin embargo, la estructura espacial de la que hablamos forma parte de los mismos procesos que crean los ciclos que hemos descrito anteriormente. La estructura espacial y los ciclos temporales son dos aspectos de los mismos mecanismos que conforman una estructura espacio-temporal única, aunque separemos el espacio y el tiempo por razones pedagógicas; así que, de ahora en adelante, siempre se ha de tener en cuenta que las estructuras espaciales que describimos son fundamentalmente dinámicas.

La extensión geográfica del sistema

Lo primero que tenemos que hacer es examinar la expansión geográfica de la economía-mundo. Ya hemos dicho que surgió como economía-mundo europea a partir de 1450 y que abarcaba todo el globo alrededor de 1900, pero no hemos especificado cómo se fue definiendo esta variación de tamaño. Todas las entidades se definen de una forma concreta según la extensión geográfica de su división del trabajo, que es la división de las actividades productivas y de otro tipo que son necesarias para el funcionamiento del sistema. Una parte de la distribución y del comercio es un elemento indispensable del sistema, mientras que otra parte del comercio es efímera y tiene poca importancia al margen de sus protagonistas. Por ejemplo, el comercio de lujo entre el Imperio romano y el Imperio chino fue pasajero y no se nos ocurriría decir que los dos imperios se unieron para formar un sistema «euroasiático» único a raíz de este comercio. Según Wallerstein, China formaba parte de la «región exterior» (*external arena*) de Roma y viceversa.

Utilizando estos criterios Wallerstein delimita el sistema-mundo europeo inicial, que estaría integrado por Europa Occidental, Europa Oriental y las zonas de América Central y del Sur dominadas por portugueses y españoles. El resto del mundo era la región exterior, que incluía la red de puertos portugueses del Océano Pacífico y del Índico, relacionados con el comercio de artículos de lujo. Esta actividad comercial portuguesa tuvo muy pocas repercusiones en Asia —los portugueses se limitaron a sustituir a los comerciantes árabes y de otros países— y en Europa. En cambio, las actividades de los españoles en América, sobre todo las exportaciones de lingotes de oro y plata, tuvieron una importancia fundamental para la creación de la economía-mundo. Por tanto, Wallerstein opina que España fue mucho más importante que Portugal en las primeras fases de la economía-mundo, a pesar de que las posesiones de Portugal estaban más extendidas por todo el globo.

A partir de este período, la economía-mundo europea se extendió, asimilando al resto del mundo aproximadamente por este orden: el Caribe, América del Norte, India, Asia Oriental, Australia, África y, por último, las islas del Pacífico. Esta asimilación se produjo de diversas maneras. La más simple era el saqueo, el

cual sólo podía ser un proceso a corto plazo, complementado necesariamente con actividades más productivas que dieran lugar a nuevos asentamientos; este proceso de asimilación fue el que ocurrió en América Latina. En el resto del mundo los sistemas aborígenes también fueron destruidos y se crearon economías totalmente nuevas, como en el caso de América del Norte y Australia. Si esto no ocurría, las sociedades existentes no sufrían alteraciones pero eran «periferalizadas», es decir, se reorientaba su economía para que satisficieran necesidades más amplias en el ámbito de la economía-mundo; este proceso se podía llevar a cabo mediante el control político directo, como en la India, o sencillamente mediante la «apertura» de una zona a las fuerzas del mercado, como en China. Al final, como consecuencia de estas diversas maneras de asimilación, la región exterior desapareció totalmente.

Los conceptos de centro y periferia

El concepto de «periferalización» o «proceso que conduce a la situación de periferia» implica que estas zonas nuevas no se incorporaron a la economía-mundo en calidad de «socios de pleno derecho», sino que se incorporaron en condiciones desfavorables respecto a los antiguos miembros; en realidad se incorporaron a una parte determinada de la economía-mundo que denominamos periferia (*periphery*). Hoy es corriente definir el mundo moderno utilizando los términos de «centro» (*core*), para referirse a los países ricos de América del Norte, Europa Occidental, y Japón, y «periferia», para referirse a los países pobres del Tercer Mundo. Aunque el «ascenso» de Japón al estatus de centro en el siglo XX haya sido muy espectacular, se suele considerar que la pauta de división entre centro y periferia es bastante estática, casi un fenómeno natural. Sin embargo, el uso de los términos «centro» y «periferia» en el análisis de los sistemas-mundo es totalmente distinto, porque los dos se refieren a procesos complejos y no a zonas, regiones o Estados. Se convierten en «centrales» porque predominan los procesos de centro en esa zona, región o Estado determinados; del mismo modo, son definidas como periféricas aquellas zonas, regiones o Estados en donde predominan los procesos de periferia. No se trata de un argumento semántico sin importancia, sino que se relaciona directamente con la forma en que se modela la estructura espacial. El espacio por sí mismo no puede tener un carácter de centro o de periferia, son los procesos de centro y de periferia los que estructuran el espacio, de modo que en cualquier momento dado predomina uno de los dos procesos. Puesto que estos procesos no actúan al azar, sino que producen un desarrollo económico desigual, hay grandes zonas de «centro» y de «periferia». Estas zonas dan muestras de cierta estabilidad —algunas partes de Europa siempre han estado en el centro—, pero también se pueden apreciar grandes cambios a lo largo de la historia de la economía-mundo, principalmente en el ascenso de zonas no europeas, como Estados Unidos y posteriormente Japón.

¿Cómo define Wallerstein estos dos procesos fundamentales? Como en todos los modelos centro-periferia se insinúa que «el centro explota y la periferia es explotada». Pero las zonas no se explotan unas a otras; la explotación se produce debido a que en las distintas zonas operan procesos diferentes. Los procesos de centro y periferia son dos tipos opuestos de relaciones complejas de producción. En términos simples, los procesos de centro consisten en relaciones que combinan salarios relativamente altos, tecnología moderna y un tipo de

producción diversificada; en tanto que los procesos de periferia son una combinación de salarios bajos, tecnología más rudimentaria y un tipo de producción simple. Estas son las características generales, cuya naturaleza específica cambia constantemente con la evolución de la economía-mundo. Es importante que se entienda que estos procesos no están determinados por el tipo de productos que se elaboran; Frank (1978) pone dos ejemplos que lo demuestran, uno relacionado con las fibras textiles y otro con la madera. A finales del siglo XIX se dispuso que la India suministrara algodón a la industria textil de Lancashire y que Australia suministrara lana a la industria textil de Yorkshire. Los dos países producían materias primas para la industria textil del centro, por lo que su función económica en la economía-mundo era, en términos generales, parecida. Sin embargo, las relaciones sociales implicadas en las dos producciones eran muy distintas, ya que una de ellas era un proceso periférico impuesto y la otra un proceso de centro trasplantado. Indudablemente, las consecuencias de ambos procesos para estos dos países han tenido que ver más con las relaciones sociales que con el tipo concreto de producto. El otro caso que Frank presenta como ejemplo del hecho de que productos parecidos tienen consecuencias muy distintas a causa de las relaciones de producción, es el gran contraste entre la producción de maderas duras tropicales de África Central y la producción de maderas blandas de América del Norte y Escandinavia, ya que la primera combina madera cara con mano de obra barata, y la segunda madera barata con mano de obra cara.

La semiperiferia

El centro y la periferia no agotan los conceptos de Wallerstein que sirven para estructurar el espacio. A pesar de que estos procesos tienen lugar en zonas determinadas y producen contrastes relativamente definidos en la economía-mundo, no es fácil establecer de modo inequívoco el carácter central o periférico de cada zona concreta. En este sentido, uno de los aspectos más originales del enfoque de Wallerstein es el concepto de semiperiferia (*semiperiphery*), que no es ni el centro ni la periferia sino que combina de una forma particular ambos procesos. Fíjense en que no hay procesos semiperiféricos; más bien, el término de «semiperiferia» se aplica directamente a las zonas, regiones o Estados en los que no predominan ni los procesos de centro ni los de periferia. Esto significa que las relaciones sociales generales que se producen en estas zonas suponen la explotación de zonas periféricas, a la vez que la misma semiperiferia sufre la explotación del centro.

La semiperiferia es interesante, porque es la categoría dinámica de la economía-mundo. Gran parte de la reestructuración del espacio durante las fases B es consecuencia del ascenso o del hundimiento de determinadas zonas en la semiperiferia. Las oportunidades de cambio se producen en los períodos de recesión, pero son limitadas, porque no toda la semiperiferia puede convertirse en centro, y hay que tener en cuenta que están ligadas a los procesos políticos que son muy importantes a la hora de triunfar o fracasar en la economía-mundo. De hecho, Wallerstein considera que el papel de la semiperiferia es más político que económico, ya que es la zona intermedia crucial en la estructura espacial de tres áreas de la economía-mundo que él mismo describe. Por este motivo la semiperiferia tendrá un papel muy importante en las consideraciones que siguen.

III.3. Una matriz espacio-temporal para la geografía política

De las dimensiones temporal y espacial de la economía-mundo que acabamos de estudiar, resulta una matriz de 10 x 3, con diez fases de crecimiento y estancamiento y tres tipos de zonas espaciales. En la Tabla 1.1 se utilizan estas coordenadas para representar aquellos aspectos de la evolución de la economía-mundo que son necesarios para comprender nuestra geografía política. Se debe leer esta tabla antes de pasar a los capítulos siguientes y resulta imprescindible consultarla a lo largo de los mismos. Aunque está bastante clara, un comentario breve servirá para dar una idea de cómo se van a relacionar estos datos con nuestro análisis.

El establecimiento de la economía-mundo como sistema, que se extendía desde Europa Oriental hasta el Nuevo Mundo, supuso la proliferación del comercio tanto en el Atlántico como en el Báltico. El primero comenzó a realizarse desde la península Ibérica, pero poco a poco pasó a ser controlado desde el centro incipiente de la Europa noroccidental, donde tenía su base el comercio del Báltico. Una vez que se estableció este centro, la península Ibérica fue relegada a un papel de «correa de transmisión» que transfería el excedente de sus colonias hasta el centro. La fase B de la onda logística es el período en que se consolidan los elementos fundamentales de la economía-mundo que hemos descrito anteriormente. En primer lugar, hay un mercado mundial único, organizado y controlado desde la Europa noroccidental. En segundo lugar, surge un sistema de múltiples Estados, simbolizado por la aparición del «derecho internacional», que regula las relaciones entre Estados. Y en tercer lugar, aparece de forma clara una estructura espacial que consta de tres áreas y que se refleja en la nueva división del trabajo en la producción agrícola: trabajo con salarios «libres» en el centro (en el noroeste de Europa), acuerdos parcialmente libres para «compartir las cosechas» en la semiperiferia (en las regiones mediterráneas), y en la periferia dos formas distintas de trabajo obligado y esclavo (en el Nuevo Mundo) y el llamado «segundo feudalismo» (en Europa Oriental). A pesar de los enormes cambios que ha habido en la economía-mundo desde aquella época, estas tres características fundamentales han persistido y actualmente tienen la misma importancia que tenían en el siglo XVII.

Una vez consolidada, la economía-mundo se ha desarrollado económica y geográficamente de modo intermitente, como se refleja en las cuatro ondas de Kondratieff. Al consultar la Tabla 1.1, se puede apreciar un cierto grado de simetría en estos cambios llamando a unos siglos británicos y a otros estadounidenses, dado el paralelismo en el auge de estos dos Estados, la derrota de sus rivales (Francia y Alemania, respectivamente), su hegemonía en la economía-mundo (con el fomento del libre comercio) y, por último, su declive al surgir nuevas rivalidades (con el aumento del proteccionismo, del imperialismo, o de ambas cosas). Nos ocuparemos de estas cuestiones detalladamente en el capítulo 2.

Para aclarar el resto de la matriz vamos a poner de relieve la trayectoria recorrida por los principales Estados de nuestros días. Gran Bretaña pasó a formar parte del centro durante la fase B logística, cuando reestructuró su Estado en la guerra civil; desde entonces se ha mantenido en esta posición, aunque experimenta un cierto declive desde la segunda fase B de Kondratieff. La posición de Francia al principio era parecida a la de Gran Bretaña; pero, la derrota que sufrió en la periferia y la decadencia relativa que experimentó en la fase B logística provocaron la reestructuración del Estado en la Revolución. Sin embargo, la siguiente derrota que sufrió en la primera onda de Kondratieff ocasionó otro de-

Tabla I.1 Matriz de información espacio-temporal.

	Centro	Semiperiferia	Periferia	
Logística	A	Expansión geográfica inicial con base en la Península Ibérica, aunque los adelantos económicos se basan en el noroeste de Europa.	Declive relativo de las ciudades de la Europa central y mediterránea.	Imperios ibéricos en el «Nuevo Mundo», siguiendo «feudalismo» en Europa oriental.
	B	Consolidación del predominio del noroeste de Europa, primero Holanda y luego rivalidad entre Francia e Inglaterra.	Entre las zonas en declive ahora se encuentra la Península Ibérica y hay ciertos grupos en auge en Suecia, Prusia y el nordeste de Estados Unidos.	Restricciones en Latinoamérica y en el este de Europa. Auge de la producción de azúcar del Caribe.
Onda I Kondratieff	A	Revolución industrial en Gran Bretaña. Revolución «nacional» en Francia. Derrota de Francia.	Declive relativo de toda la semiperiferia. Fundación de Estados Unidos.	Descolonización y expansión: control formal en la India y control informal en Latinoamérica.
	B	Consolidación del liderazgo económico británico. Orígenes del socialismo en Gran Bretaña y Francia.	Comienzo de un período de auge en ciertas zonas de América del Norte y Europa central.	Aumento de la influencia británica en Latinoamérica. Asia oriental comienza a abrirse.
Onda II Kondratieff	A	Gran Bretaña «taller del mundo» en una época de libre comercio.	Reorganización de la semiperiferia: Guerra Civil en Estados Unidos, unificación de Alemania e Italia, incorporación de Rusia.	Era clásica del «imperialismo informal» en la que se produce el crecimiento económico de Latinoamérica.
	B	Declive de Gran Bretaña con respecto a Estados Unidos y Alemania. Surge la Segunda Internacional Socialista.	Declive de Rusia y de la Europa mediterránea.	Expansión: pelea por África. Era clásica del imperialismo.
Onda III Kondratieff	A	Consolidación del liderazgo económico de Alemania y Estados Unidos. Carrera de armamentos.	Entrada de Japón y de los Dominios de Gran Bretaña (Canadá, Australia...).	Consolidación de nuevas colonias en África, además de la proliferación del comercio en otras partes, sobre todo en China.
	B	Derrota de Alemania, el Imperio británico a salvo. Se confirma el liderazgo económico de Estados Unidos.	Victoria socialista en Rusia: fundación de la URSS. Entrada de Argentina.	La periferia se desquida. Comienzan las sublevaciones en la periferia. Sustitución de importaciones en Latinoamérica.
Onda IV Kondratieff	A	Estados Unidos primera potencia mundial militar y económica. Nueva era de libre comercio.	Auge de la Europa oriental y «Guerra Fría». Entrada de los países de la OPEP.	Victoria socialista en China. Descolonización que desemboca en «neocolonialismo».
	B	Declive de Estados Unidos en relación con Europa y Japón. Carrera de armamento nuclear.	Entrada de los «pequeños japoneses» de Asia oriental. Hundimiento del comunismo en Europa oriental, desaparición de la URSS. Aumento del endeudamiento con el centro.	Crisis económica y conflictos graves. Aumenta la pobreza.

clive relativo, esta vez dentro del centro del sistema-mundo. La historia de Estados Unidos y Alemania (Prusia) ha sido mucho más variable; los dos países estaban situados en la semiperiferia en la fase B logística, aunque su posición era inestable. En Estados Unidos la guerra de independencia evitó la periferalización, y la guerra civil consolidó este logro en la segunda fase A de Kondratieff, cuando el algodón del Sur pasó a formar parte de la periferia de un Estado norteamericano reestructurado, dejando de formar parte de la periferia británica. A partir de ese momento Estados Unidos se enriqueció hasta llegar a convertirse en la principal potencia del siglo XX. Al principio, su rival más importante fue Alemania, que también reestructuró su Estado en la segunda fase A de Kondratieff bajo el liderazgo prusiano; pero las derrotas militares sufridas durante la tercera onda de Kondratieff retrasaron las subsiguientes proezas económicas. En la década de los noventa del siglo XX Alemania ha vuelto a ser, en el centro, un importante competidor económico de Estados Unidos. Pero el principal rival económico es Japón, que entró en la economía-mundo en la segunda onda de Kondratieff. Este país también reestructuró su Estado y sufrió reveses militares, pero ahora, por fin, ha superado las dificultades y ostenta el liderazgo económico. En cambio, Rusia entró en la economía-mundo en un período anterior, pero decayó en la segunda onda de Kondratieff; esta tendencia se detuvo cuando el Estado ruso se reorganizó en la URSS, que fue desde el principio una potencia militar muy importante, pero que desde el punto de vista económico se mantuvo en la semiperiferia. Por último, China entró en la economía-mundo en la periferia al final de la primera onda de Kondratieff, y ha intentado ascender a un estatus semiperiférico reorganizando el Estado en la tercera y cuarta fase A de Kondratieff; lográndolo, por fin, al convertirse en República Popular.

Esta descripción hace hincapié en el papel que tiene la reorganización del Estado para que ascienda a la posición de centro o de semiperiferia y se mantenga en ese estatus. La globalización actual constituye otro ejemplo de estricta organización de Estados (un ejemplo clásico es el *Contract for America* del Partido Republicano de 1994, del que damos cuenta en el capítulo 4). Pero no queremos dar a entender que lo único que tiene que hacer un Estado para tener éxito en la economía-mundo es reorganizar su aparato político. Al hablar exclusivamente de los que lo han logrado —los Estados más importantes de hoy en día— omitimos los que han fracasado en el intento, que son muchos más numerosos: el Imperio otomano se reorganizó en la segunda fase A de Kondratieff, al mismo tiempo que Alemania y Estados Unidos, pero de una forma mucho menos eficaz. El caso es que la reorganización política se ha convertido, de hecho, en un modo de vida en muchos países semiperiféricos, porque al no tener éxito en la economía-mundo hay presiones continuamente para que se produzcan cambios. Un mundo de ganadores y perdedores de estas características requiere el examen de la cuestión del poder y la política en la economía-mundo.

IV. PODER Y POLÍTICA EN LA ECONOMÍA-MUNDO

Una de las críticas que se suelen hacer al enfoque teórico de Wallerstein es que no presta atención a la dimensión política. Por ejemplo, Zolberg (1981) afirma que la política es el eslabón perdido en el análisis de los sistemas-mundo. A estas alturas el lector debería ser consciente de que este tipo de críticas se deben a que no se ha entendido el marco teórico que hemos adoptado. En pocas palabras, el hecho

de que se haga hincapié en la base materialista de la sociedad, que viene definida por el modo de producción, no implica necesariamente que no se tenga en cuenta o se menosprecie la política. En el apartado dedicado al estudio de los elementos fundamentales de la economía-mundo, dos de los tres que mencionábamos tenían un carácter fundamentalmente político: el sistema multiestatal y la estructura tripartita. En este apartado final del capítulo introductorio nuestro objetivo es reflexionar sobre el tema de la política, a fin de terminar de perfilar nuestra perspectiva geográfico-política sobre la economía-mundo.

La postura que adoptamos a la hora de interpretar los acontecimientos políticos en la economía-mundo se basa en los análisis de Chase-Dunn (1981; 1982; 1989). Como hemos visto, el modo capitalista de producción implica la extracción de excedentes económicos que se acumulan en la economía-mundo. El excedente es expoliado de dos formas que están relacionadas entre sí; de modo que, aunque la característica principal del sistema-mundo moderno es que la expropiación se realiza a través del mercado, no ha desaparecido del todo el método tradicional de expropiación, propio de los imperios-mundo, que suponía la utilización del poder militar y político. Está claro que este segundo método no puede predominar, porque entonces el sistema se transformaría en un nuevo modo de producción, pero tampoco se debería subestimar la importancia que ha tenido este proceso en la economía-mundo, desde el primer saqueo del Nuevo Mundo a manos españolas, hasta el apoyo a las multinacionales y sus intereses que llevan a cabo sus países de origen —Estados Unidos en la mayoría de los casos— en nuestros días. Lo importante es entender que no se debería considerar que estos dos métodos de expropiación constituyen procesos aislados o, como dice Chase-Dunn (1981), «dos lógicas», una «política» y la otra «económica». En el marco teórico que utilizamos son sólo dos aspectos de una misma lógica político-económica general. Chase-Dunn (1982: 25) expresa este argumento de la siguiente manera:

La interdependencia que existe, en la economía-mundo capitalista, entre el poder político militar y la situación de ventaja competitiva en el terreno de la producción económica, pone de manifiesto que la lógica de la construcción del Estado y de la geopolítica está incluida en la lógica del proceso de acumulación.

Esta postura ha sido refrendada y desarrollada por Burch (1994: 52), quien considera que «la característica que distingue al mundo moderno» es «la íntima e inextricable singularidad del capitalismo y el sistema de Estados». Dicho de otro modo, los procesos políticos se hallan en el meollo del análisis de los sistemas-mundo, y no lo están de una forma aislada.

Hasta el momento en nuestro argumento hemos equiparado la política a las actividades que tienen que ver con los Estados. Pero, aunque la política relacionada con el Estado es un elemento crucial para entender la economía-mundo, hay otro tipo de actividades políticas. En cambio, si equiparamos la política con la utilización del poder, pronto nos percatamos de que los procesos políticos no empiezan ni acaban con los Estados: todas las instituciones sociales hacen su propia política.

IV.1. *La naturaleza del poder: los individuos y las instituciones*

Podemos empezar examinando el poder al nivel más sencillo. Hay un enfrentamiento entre dos individuos, *A* y *B*, por el resultado de un acontecimiento: va-

mos a suponer que a *A* le interese el resultado *X* y a *B* el resultado *Y*. Mediante una simple observación del resultado que se produce podríamos deducir quién tiene más poder, *A* o *B*; por ejemplo, si se produce el resultado *X* podemos afirmar que *A* tiene más poder que *B*. Cuando preguntamos por qué *A* consiguió vencer a *B*, la respuesta que esperamos es que *A*, por algún motivo, contaba con más recursos que *B*. Si se tratara de una pelea de patio de colegio quizá nos enteráramos que *A* dio el puñetazo más fuerte.

Este modelo no es sino una primera aproximación poco menos que intuitiva a la naturaleza del poder, porque el mundo de la política no se compone de miles y miles de conflictos entre dos individuos desiguales, ya que los posibles perdedores nunca han sido lo suficientemente ingenuos como para permitir que el mundo tomara ese rumbo. Volviendo a nuestro ejemplo veamos cómo podemos ir más allá del conflicto entre dos individuos. La pelea en el patio atraerá inevitablemente a una multitud. Si *B*, como veíamos, está perdiendo, ¿qué debería hacer para intentar evitar un desenlace desfavorable? La respuesta es simple: antes de que le ganen debe ampliar la dimensión del conflicto, invitando a la multitud a participar. Al extender el conflicto *B* está alterando el equilibrio de poder existente. Por la misma lógica, si la pandilla de *B* es más fuerte que la de *A*, a ésta le interesaría ampliar de nuevo la dimensión del conflicto, acudiendo, por ejemplo, a la dirección del colegio para que acabe con la guerra entre pandillas.

Este modelo de determinación de los resultados de las relaciones de poder se basa en el de Schattschneider (1960), que, en términos generales, sostiene que el resultado de un conflicto no depende del grado de poder relativo de las partes enfrentadas, sino que el factor determinante es el ámbito en el que se desarrolle dicho conflicto. Resulta, por tanto, que en política la estrategia más importante consiste en definir el ámbito de los conflictos; más aun, dado que si se amplían las dimensiones del conflicto el equilibrio de poder se altera, es inevitable que la parte más débil trate de presionar para lograr ampliar sus dimensiones. Históricamente tenemos un ejemplo en dos estrategias políticas opuestas: la de la izquierda, que predica una política colectivista, y la de la derecha, que es mucho más individualista. Para comprobar cómo han funcionado estas estrategias en la práctica, nos referiremos a dos conflictos políticos importantes del siglo XIX (Taylor, 1984): la extensión del derecho al voto y la aparición de los sindicatos. El primer proceso hizo que aumentaran poco a poco las dimensiones de la política nacional, hasta culminar en el sufragio universal que, sin duda, hizo que los partidos cambiaran su modo de hacer política y los gobiernos su forma de actuar, puesto que los políticos tenían que responder a las necesidades de sus nuevos clientes. El segundo, la aparición de los sindicatos, amplió de un modo explícito el ámbito de los conflictos en la industria, superando la contienda desigual entre el empresario y el obrero individual. Los empresarios opusieron una estrategia encaminada a seguir presentando las disputas como «locales», haciendo al principio que los sindicatos fueran declarados ilegales, y posteriormente imponiendo restricciones legales a sus actividades. Podríamos concluir que la historia de la política democrática y del sindicalismo es, en el fondo, una cuestión de cambio en las dimensiones de los conflictos.

El corolario de las ideas de Schattschneider es que la «política de los que están abajo» acaba por extender los conflictos a una escala global. Este tipo de «internacionalismo» tiene consagrado un lugar en la política izquierdista; sus orígenes se remontan a la «Primera Internacional» de Marx de 1862. En épocas más recientes resulta evidente que son los países más pobres los que más han utilizado las Na-

ciones Unidas. Pero todo este internacionalismo o no ha servido de nada o tiene una eficacia muy relativa. De hecho, la globalización se puede interpretar como una inversión histórica de la política de escala: hoy en día es el capital organizado a escala global el que lleva la voz cantante (Marshall y Schumann, 1997: 6-7). No obstante, la mayor parte de la política se desarrolla en un ámbito que no es global en absoluto. Y ello es debido a que se ha creado una serie numerosa de instituciones intermedias entre el individuo y el ámbito último de la política a escala global. En este libro se trata principalmente de entender de qué forma se limita la extensión de los conflictos. ¿Cuáles son las instituciones clave en este proceso?

Entre las múltiples instituciones que existen, Wallerstein (1984a) señala cuatro que son de vital importancia para que funcione la economía-mundo. En primer lugar están los *Estados*, donde reside el poder formal en la economía-mundo. Los Estados son responsables de la salvaguardia de las leyes que definen las normas por las que se rigen las demás instituciones. Hemos hablado anteriormente de la importancia de esta institución y dedicaremos una gran parte del resto del libro a analizar temas relacionados con el poder del Estado.

En segundo lugar están los *pueblos*, que son grupos de individuos que tienen afinidades culturales. No hay un único nombre aceptable para este tipo de institución; puede ser definido como nación, allí donde un grupo homogéneo culturalmente controla el Estado, o como «minoría» o grupo étnico, allí donde constituye un grupo minoritario dentro del Estado. Evidentemente cabe la posibilidad de que estas minorías aspiren a constituirse en una nación con su propio Estado, como en el caso de los tamiles en Sri Lanka o de los vascos en España, y, para complicar aún más las cosas, también hay naciones multiestatales, como la nación árabe. En cualquier caso, a pesar de la complejidad de este tipo de institución, no se puede dudar de la importancia de los «pueblos» en el mundo actual.

El tercer tipo de institución probablemente sea menos complejo que los «pueblos», pero no es menos controvertido. La población mundial se puede dividir, según criterios económicos, en estratos que denominaremos *clases*. Wallerstein sigue la tradición marxista y el criterio que utiliza para definir las clases es el lugar que ocupan en el modo de producción; pero, dado que el modo de producción actualmente es global, las clases en el análisis de los sistemas-mundo se definen como estratos globales.

En el otro extremo de la escala están los *hogares* o *unidades domésticas* (*households*), cuarta institución clave de Wallerstein. No son el parentesco ni la cohabitación los que definen esta institución, sino que el criterio utilizado es la unión de las rentas. Por tanto, son pequeños grupos de individuos que se unen para enfrentarse a un mundo que a menudo es hostil. La conducta fundamental de este grupo consiste en manejar un presupuesto sumando los recursos disponibles y decidiendo cómo gastarlos. Wallerstein cree que estas unidades domésticas son los «átomos» de su sistema, la piedra angular de las demás instituciones. Todos los seres humanos forman parte ante todo de un hogar, que está sujeto a las leyes de cierto Estado, tiene afinidades culturales con un «pueblo» determinado y está ubicado, desde un punto de vista económico, en una clase concreta.

Wallerstein (1984a) considera que estas cuatro instituciones, tal y como la define, son exclusivas de la economía-mundo capitalista. Interactúan unas con otras de muy diversas maneras, creando y recreando continuamente las pautas espaciales y temporales de las que hablábamos en el apartado anterior. Por ejemplo, los hogares tienen un papel importante en el mantenimiento de las definiciones culturales de los «pueblos», y los pueblos tienen una influencia fundamental en

las fronteras de los Estados y en la naturaleza de los conflictos de clase. Este es el «vórtice institucional» sobre el que se basa todo el funcionamiento de nuestro sistema-mundo actual.

Las instituciones por un lado propician y por otro restringen las acciones de los individuos por medio de leyes, reglas, costumbres y normas. Lo que se puede o no se puede hacer depende del poder de las instituciones concretas. El reparto de poder no es igual en el seno de cada una de las instituciones ni lo es en su relación con otras; por ejemplo, podemos preguntarnos quién controla un Estado determinado y también cuál es el poder que tiene ese Estado en el sistema interestatal. De este modo podemos determinar cuál es la jerarquía de poder en cada una de las cuatro instituciones y entre ellas. Para aclarar este tema, a continuación examinaremos los aspectos del reparto del poder informal, y en el siguiente apartado abordaremos el problema del poder formal y el Estado.

El poder en los hogares

Hacer un fondo común de ingresos puede consistir en elaborar presupuestos diarios, semanales o mensuales; pero implica una continuidad de naturaleza generacional. Los hogares cambian a menudo, al morir algunos de sus integrantes y nacer otros, pero dan muestras de una estabilidad que asegura el ciclo de reproducción, porque es en ellos donde se crían las nuevas generaciones, lo que supone una pauta de relaciones de género. Las relaciones de género adoptadas en la economía-mundo capitalista reciben el nombre de patriarcales, y en ellas el hombre domina a la mujer.

El concepto de unión de ingresos no asegura de ningún modo que haya una igualdad de acceso a los recursos de la unidad doméstica. La organización del trabajo en muchos hogares de muy diversos tipos de todo el mundo hace que el hombre tenga acceso al dinero y, por tanto, a los mercados, y que la mujer se encargue de las «tareas domésticas». En los países del centro esta situación ha provocado que, generalmente, se desvaloricen muchas de las contribuciones de las mujeres por considerarlas simplemente «quehaceres domésticos». En los países periféricos en muchos casos se ha desvalorizado la producción de alimentos por considerarla «un trabajo de mujeres», en comparación con la producción de cosechas comerciales que controlan los hombres.

Éste es un buen ejemplo del modo en que el ámbito de una política ha favorecido una jerarquía de poder determinada. En el caso de los hogares, entramos en el mundo privado de la familia; lo que ocurre entre «marido y mujer» no es del dominio público. Esta estrechez de miras puede dar lugar a que se perdona, o al menos se ignore, la forma de poder más simple: la violencia física, en la que los «extraños» (policías y vecinos) son reacios a entrometarse, incluso en los casos más extremos. Así, las mujeres, al estar confinadas al mundo privado de la familia, están condenadas a la impotencia política; no hay sindicatos de amas de casa ni de productoras de cosechas de subsistencia.

El sistema de relaciones patriarcales impregna todos los niveles de la economía-mundo, de modo que las mujeres que desempeñan trabajos remunerados ganan menos que los hombres y su número es cada vez menor a medida que ascendemos en cualquier escala ocupacional. Este sexismo endémico se pone de manifiesto muy claramente en la política, ya que los hombres que se dedican a

Tabla 1.2 Porcentaje de mujeres en las cámaras legislativas de cincuenta y siete países, alrededor de 1997.

Suecia	40	México	14
Noruega	39	Polonia	13
Finlandia	34	Portugal	13
Dinamarca	33	Jamaica	12
Holanda	31	EE UU	12
Nueva Zelanda	29	Cabo Verde	11
Seychelles	27	Italia	11
Austria	26	Angola	10
Alemania	26	Rusia, Fed.	10
Argentina	25	Reino Unido	10
Islandia	25	Croacia	8
Suráfrica	25	Malasia	8
España	25	Benin	7
Eritrea	21	Brasil	7
Suiza	21	Rumania	7
Granada	20	Francia	6
Corea, Rep. Dem.	20	Grecia	6
Luxemburgo	20	Japón	5
Vietnam	19	Haití	4
Canadá	18	Ucrania	4
Lituania	18	Rep. de Corea	3
Namibia	18	Paraguay	3
Turkmenistán	18	Singapur	3
Chad	17	Bhutan	2
Australia	16	Yemen	1
Eslovaquia	15	Kuwait	0
Rep. Checa	15	Tonga	0
Zimbabwe	15	Santa Lucía	0
Irlanda	14		

FUENTE: Naciones Unidas (1997).

la política acaparan los puestos de los cuerpos legisladores en todos los Estados (Tabla 1.2). Existe una representación menor de mujeres en todos los cuerpos legisladores del mundo; no obstante, en algunos países hay una mayor representación de mujeres, como por ejemplo en las democracias liberales escandinavas y también en una mezcla heterogénea de países entre los que figuran Alemania, Islandia, Eritrea, Sudáfrica y Granada. En las principales democracias liberales (EE UU, Gran Bretaña, Francia, Japón) y en la Federación Rusa su representación es menor. Esta desigualdad hombre-mujer es todavía mayor en el sector ejecutivo de las administraciones de diversos regímenes políticos, ya sean democracias liberales, antiguos Estados comunistas, dictaduras militares, monarquías tradicionales, etc. Lo irónico es que la mayoría de las mujeres que son presidentes de gobierno deben su posición política a su familia, suelen haber estado emparentadas con políticos masculinos asesinados: son sus viudas, Corazón Aquino en Filipinas por ejemplo, o hijas, Benazir Bhutto en Pakistán por ejemplo. Por lo general, las señoras Thatcher de este mundo llaman la atención fundamentalmente por lo poco que abundan.

El poder entre los «pueblos»

Los «pueblos» reflejan la diversidad que siempre ha habido en la humanidad. En la economía-mundo esta variedad humana se ha utilizado para crear conjuntos concretos de «pueblos» con el fin de justificar las desigualdades materiales y políticas. Se han creado tres tipos de «pueblos»: las razas, las naciones y los grupos étnicos, cada uno de los cuales está relacionado con una de las características fundamentales de la economía-mundo.

La raza es producto de la expansión del sistema-mundo moderno. Al incorporarse zonas no europeas a la economía-mundo, los pueblos no europeos que sobrevivieron fueron integrados en la periferia. De esta forma, en la división del trabajo, la raza llegó a plasmarse de un modo inequívoco en un centro blanco y una periferia no blanca. Hasta hace poco tiempo el Gobierno de Sudáfrica admitía esta jerarquía de poder cuando en su sistema de *apartheid* denominaba a los hombres de negocios japoneses que visitaban el país «blancos de honor». Hablando en términos más generales, la ideología del racismo ha legitimado en el transcurso de la economía-mundo las desigualdades que existen.

El concepto de «nación» surgió para expresar la competencia entre los Estados. Legítima el sistema interestatal que constituye la superestructura política global de la economía-mundo, porque todos los Estados aspiran a ser «Estados-nación». Al justificar la fragmentación política del mundo, las naciones contribuyen de un modo fundamental a perpetuar las desigualdades entre países. La ideología asociada, el nacionalismo, ha sido la motivación política predominante en el siglo XX; millones de jóvenes han sacrificado sus vidas voluntariamente por su patria y sus compatriotas.

Los grupos étnicos siempre constituyen una minoría dentro de un país. En todos los Estados multiétnicos hay una jerarquía de grupos en la que ciertas ocupaciones se asocian a ciertos grupos. Cuando los grupos étnicos son inmigrantes, la «etnización» de las ocupaciones legitima las desigualdades reales dentro del Estado; en cambio las desigualdades que padecen los grupos étnicos autóctonos pueden originar un nacionalismo alternativo de minorías que se enfrente al Estado.

El concepto de «pueblo» abarca una mezcla compleja de fenómenos culturales. Nos hemos limitado a arañar la superficie de tal complejidad. No obstante, se ha demostrado que los pueblos están implicados en jerarquías de poder, desde la escala global hasta el vecindario, y siguen siendo instituciones clave para legitimar las desigualdades y para la resistencia política. En las actuales condiciones de globalización se han destacado más a medida que los grupos recalcan sus peculiaridades en respuesta a las tendencias a una homogeneización cultural. Abordaremos estas cuestiones con mayor profundidad en el capítulo 5.

Poder y clase

Todos los análisis sobre poder y clase comienzan hablando de Marx. En el meollo de su análisis sobre el capitalismo, hay un conflicto fundamental entre el trabajo y el capital. En términos de clase, la burguesía posee los medios de producción y compra la fuerza de trabajo del proletariado, de modo que la burguesía controla todo el proceso de producción a expensas del proletariado. Esta jerarquía de poder y el conflicto de clases que origina son fundamentales en todos los análisis políticos marxistas.

Wallerstein admite que la lucha de clases tiene un papel esencial en la economía-mundo capitalista que analiza. Sin embargo, las clases de las que habla Wallerstein no son las mismas clases del marxismo ortodoxo, puesto que su definición del modo de producción es menos estricta. Por ejemplo, Wallerstein denomina productores directos a las clases trabajadoras, incluyendo en esta categoría a todos los que tienen una conexión directa con la producción de bienes, tanto los trabajadores asalariados como los que producen sin recibir un salario. Así pues, al proletariado asalariado se añaden los agricultores, los aparceros y muchas otras formas de explotación laboral, incluyendo el trabajo de las mujeres y de los niños que con frecuencia se oculta en el seno de los hogares.

Frente a los productores directos, en la lucha de clases, se encuentran los que controlan la producción, que puede que sean «capitalistas» —es decir, los dueños del capital— en el sentido original de la teoría marxista, pero también puede que no lo sean. Por ejemplo, las empresas multinacionales son la forma típica que adopta el capital a finales del siglo XX, y los ejecutivos de elite que controlan estas empresas no tienen por qué ser accionistas mayoritarios y está claro que el poder que tienen no depende de la cuantía de sus acciones. Aunque formalmente sean empleados de la empresa, sería falso no admitir el auténtico poder que posee este grupo de personas. Constituyen junto con otro grupo, los altos cargos de la Administración del Estado que también controlan grandes cantidades de capital, la «burguesía moderna» del siglo XX.

Marx admitía que existía una clase media entre el proletariado y la burguesía, pero predijo que esta clase intermedia disminuiría en número e importancia a medida que se desarrollara el conflicto entre el trabajo y el capital. Esto no ha sucedido en los países del centro de la economía-mundo, sino que hemos asistido al «auge de las clases medias» debido a que los empleos de «cuello blanco» han aumentado y superado en número a los empleos de «cuello azul». Esta gran clase intermedia desempeña una gran variedad de empleos que aparentemente tienen poco que ver entre sí. La interpretación de Wallerstein es que las personas que tienen estos empleos son los cuadros de la economía-mundo, y dado que la organización y producción capitalistas son cada vez más complejas, cada vez se requieren más mandos que coordinen el sistema y se aseguren que funcione lo mejor posible. Al principio los que desempeñaban esta labor se limitaban, en nombre de los que controlaban el capital, a supervisar a los productores directos; actualmente, para que el sistema funcione bien, es preciso que haya profesiones muy diversas, desde las más antiguas, como las de abogado y contable, a innumerables puestos de nueva creación, como los mandos intermedios de las empresas y los burócratas estatales. El resultado es una enorme clase media de cuadros situada entre los que controlan y los productores directos, lo que constituye un ejemplo clásico de la estructura tripartita de Wallerstein que facilita la estabilidad de la economía-mundo, que, como señalábamos antes, la actual globalización está socavando.

Como hemos señalado anteriormente, las clases tienen un carácter global en la economía-mundo, puesto que su definición está determinada por el modo de producción, que es el mismo en todas las partes del globo. Las denominamos clases «objetivas» porque se derivan lógicamente del análisis; sin embargo, en el terreno de la práctica política real, las clases generalmente se han definido a sí mismas acomodándose a la extensión de cada Estado. Estas «clases nacionales» subjetivas son sólo parte de las «clases globales» objetivas de las que hemos hablado, lo que significa que el alcance de la mayoría de las acciones de clase se ha

restringido a una extensión que no corresponde a la de su ámbito geográfico completo. Pero no todas las clases han sido «nacionales» en igual medida. A pesar de que el proletariado haya desarrollado una retórica internacionalista, los capitalistas y los que controlan la producción son los que han desempeñado un papel más eficaz en la escena internacional, puesto que las acciones de clase subjetiva que han llevado a cabo han estado siempre mucho más relacionadas con sus intereses de clase objetiva. Prueba de ello es, en la actualidad, la flexibilidad de las empresas multinacionales a la hora de trasladar sus fábricas para reducir los costes laborales. Los productores directos no disponen de una estrategia organizada para enfrentarse a la capacidad que tienen los que controlan la producción de crear nuevas divisiones geográficas globales del trabajo. El Estado está claramente implicado en estas restricciones del ámbito de los conflictos en un mundo globalizante, y constituye el eje principal de la geografía política tal y como la abordamos en este libro.

Política y Estado

El Estado es el escenario de la política formal. La mayoría de la gente suele asociar el funcionamiento del poder y de la política con actividades relacionadas con el Estado y su Gobierno. Se da por sentado que el Estado es el «ruedo» de la política, y, en consecuencia, lo más habitual es que muchos estudios políticos se hayan limitado a analizar los Estados y los gobiernos, lo cual implica equiparar el poder y la política en nuestra sociedad exclusivamente con el funcionamiento formal de la política estatal. Sin embargo, al hablar de las demás instituciones hemos visto que este enfoque es insuficiente, porque no hay ningún motivo a priori por el que no debamos interesarnos igualmente por el tema del poder en otras instituciones como los hogares. Y los marxistas, evidentemente, señalarían la importancia fundamental que tienen las clases en cualquier estudio sobre el poder.

Para superar esta postura la solución no consiste en debatir la importancia relativa de las distintas instituciones, porque no es posible hacer un análisis serio de cada una de ellas por separado. Como ya hemos dicho, están relacionadas entre sí de tantas maneras complejas que Wallerstein (1984a) las denomina «el vórtice institucional». Estudiarlas por separado como hemos hecho hasta ahora sólo se puede justificar por motivos pedagógicos. En realidad, el poder en el sistema-mundo moderno opera a través de numerosas combinaciones de instituciones; desde esta perspectiva, un estudio reciente enumera al menos catorce tipos diferentes de política (Taylor, 1991a), lo que implica que como mínimo habría que estudiar catorce geografías políticas. En este libro no podemos pretender hacer justicia a tal diversidad de políticas, por lo que es preciso justificar la orientación que vamos a adoptar de ahora en adelante.

La geografía política en su mayor parte, al igual que otros estudios políticos, ha tenido una orientación estadocéntrica; es decir, que ha considerado que la unidad elemental de análisis es el Estado. Desde el punto de vista de los sistemas-mundo, el Estado sigue siendo una institución clave, pero ya no es el escenario del cambio social. Queremos evitar las limitaciones de un enfoque estadocéntrico, pero con ello no queremos decir que el Estado sea un elemento de escasa relevancia en nuestro estudio. En definitiva, el Estado se debe situar en un contexto que revele su importancia pero que no deje a un lado a las demás instituciones. Éste

ha sido nuestro objetivo en la Fig. 1.3, que ilustra una de las muchas relaciones existentes entre las cuatro instituciones.

Los hogares son las unidades reproductoras sociales fundamentales del sistema, porque en ellos se socializa a los individuos en un estrato social. En la Fig. 1.3 hacemos hincapié en la transmisión de la identidad cultural que hace que los «pueblos», las naciones del mundo, se reproduzcan. Estas naciones, a su vez, se relacionan con las otras dos instituciones de formas muy distintas. Como ya hemos señalado, la organización subjetiva en clases nacionales pone en cuestión el estatus global objetivo de las clases, por lo que normalmente se encuentran divididas. En el caso de los Estados, nación y Estado se han apoyado mutuamente en los «Estados-nación». Esta legitimación moderna ha llegado a tener tal fuerza que «Estado» y «nación» suelen ser utilizadas indistintamente en el lenguaje cotidiano, aunque a estas alturas el lector debería tener claro que no son las naciones las que compiten en los Juegos Olímpicos, sino que son los Estados. El concepto de Estado-nación impide distinguir fácilmente entre estas dos instituciones. En este libro nuestro objetivo no es tanto limitarnos a corregir esta concepción errónea como entender de qué modo llegó a producirse; por esta razón hay, en este estudio político, un sesgo hacia el Estado y la nación, pero sin soslayar las otras instituciones, lo que sí sucedería si adoptásemos un enfoque estadocéntrico.

Nuestro sesgo se puede justificar por motivos geográficos. Según veremos en los siguientes capítulos, tanto el Estado como la nación tienen una relación de carácter único con el espacio; no sólo ocupan un espacio, como toda institución social que se precie, sino que proclaman que tienen una relación especial con lugares determinados. No tiene sentido tener una nación sin una «patria histórica», ni

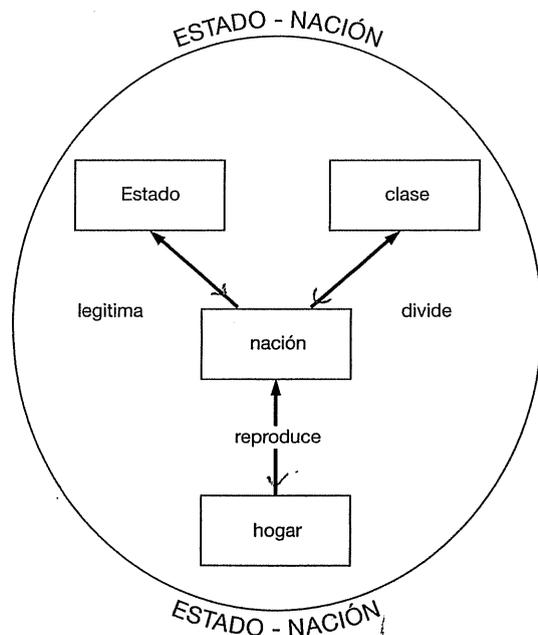


Figura 1.3 Los vínculos institucionales fundamentales.

los Estados existen si no es en virtud de la posesión de su «territorio soberano». Dicho de otro modo, la localización espacial del Estado y de la nación es parte esencial de su naturaleza. Así pues, la geografía política debería centrarse en el estudio del sesgo que se muestra en la Fig. 1.3, que constituye el núcleo de nuestra perspectiva particular sobre el sistema-mundo moderno. Continuaremos con este argumento en el apartado final de este capítulo; mientras tanto, continuaremos estudiando la naturaleza de las relaciones de poder analizando actividades de los Estados que nos resultan familiares.

IV.2. La sutileza del poder: ¿qué es un Estado fuerte?

Hasta ahora, al hablar del poder, hemos asumido sin más que los resultados de la acción reflejan una jerarquía de poder que, a su vez, es un indicio de la diferencia de recursos de los contendientes. Cambiando el ámbito de un conflicto cambiamos la jerarquía de poder, pero ¿y si la jerarquía de poder no es un indicador seguro del triunfo o del fracaso? Algunos conflictos que se han producido entre Estados recientemente indican que así puede ser. Lo que pasa es que la naturaleza del poder es mucho más sutil de lo que hemos supuesto hasta ahora.

La medición del poder relativo de los Estados ha sido un problema constante para la geografía política, porque el poder no se puede medir de un modo directo. La mayoría de las veces este problema se ha resuelto seleccionando algunas de las características más destacadas de los Estados, y combinándolas después para asignar un índice de poder a cada Estado. Un ejemplo sencillo consiste en definir el poder como el cubo del producto nacional bruto de un país multiplicado por la raíz cuadrada del número de sus habitantes (Muir, 1981: 149). El resultado es una medida de poder intuitivamente razonable, pero poco satisfactoria. ¿Por qué se utilizan exclusivamente variables de producción y de población? ¿Por qué se combinan de esa manera? No se puede contestar a estas preguntas sin recurrir de un modo explícito a la teoría que está detrás de esa medida. Tenemos que volver a hacernos la siguiente pregunta: ¿qué es lo que hace que una característica determinada sea lo suficientemente importante para que sea tomada en cuenta a la hora de practicar la medición?

La mayor parte de los estudios sobre el poder del Estado han sido inductivos, por lo que han prestado muy poca atención a la teoría que utilizan, que implícitamente suele tener que ver con la noción de potencial de guerra. Pero la derrota de la «superpotencia» Estados Unidos a manos de la «potencia media» Vietnam ha hecho necesario un replanteamiento total de la cuestión. Todavía más sorprendentes han sido las recientes experiencias británicas: sufrió una derrota en los años setenta en una guerra —la llamada «Guerra del Bacalao»— en el Atlántico Norte a manos de una «pequeña potencia», Islandia; pero salió victoriosa en los años ochenta en una guerra en el Atlántico Sur contra una «potencia media», Argentina. ¿Cómo podemos interpretar estas muestras recientes del poder del Estado en la escena internacional? Una solución es resignarse y admitir que «parece improbable que alguna vez se obtenga una medida sin defectos» (Muir, 1981: 149); en ese caso, volveríamos a las «estimaciones aproximadas», que dependen de la «situación» en la que se emplee el poder. Muir (1981: 150) utiliza cinco variables para hacer estimaciones aproximadas del poder: área, población, producción de acero, tamaño del ejército y número de submarinos nucleares. Los resultados vuelven a ser correctos de un modo intuitivo, pero ¿de qué sirven si predicen la

victoria norteamericana en Vietnam y el triunfo británico sobre Islandia? No basta con decir que el poder del Estado depende de la situación en que se emplee; necesitamos un enfoque totalmente nuevo para estudiar el poder del Estado, al que podemos acceder empleando el análisis de los sistemas-mundo gracias a los conceptos de relaciones de poder manifiestas y encubiertas. Aunque las primeras corresponden a lo que normalmente consideramos manifestaciones del poder en los conflictos, nuestro argumento es que el poder encubierto, que es la capacidad para promover intereses particulares sin recurrir a la intimidación o a las amenazas, tiene una difusión y una importancia mucho mayores. Hemos encontrado cuatro tipos de relaciones de poder, dos manifiestas y dos encubiertas.

La posición estructural

La forma de relación de poder más importante es de origen estructural y es una consecuencia directa de que la economía-mundo funcione como un sistema. Para comprenderlo, vamos a analizar los Estados de Brasil y Suiza. En casi todos los índices de poder Brasil parece tener más poder que Suiza; por ejemplo, según los criterios de Muir, tiene más territorio, más población, produce más acero y tiene más soldados. Pero ésta es solamente una medida del potencial militar; Brasil y Suiza nunca han estado en guerra y es muy improbable que alguna vez lo estén, porque el Gobierno suizo no es tan tonto: de hecho Suiza no ha estado en guerra con ningún país desde la época de Napoleón. En la jerarquía de la estructura espacial de la economía-mundo, Suiza es centro y Brasil no es nada más que semi-periferia; por tanto, por definición se puede decir que Suiza «explora» a Brasil, porque la economía-mundo está estructurada de tal manera que favorece a Suiza a expensas de Brasil. Suiza no tiene que hacer ninguna demostración de poder manifiesto aparte de las relaciones comerciales «normales» para imponer su dominio: los banqueros suizos forman parte de la comunidad bancaria internacional que pone condiciones a Brasil para renegociar los plazos de devolución de su deuda externa; las multinacionales suizas, como *Nestlé* por ejemplo, se dedican a hacer negocios lucrativos de los que acaban beneficiándose los accionistas suizos. En pocas palabras, el funcionamiento del mercado mundial, y las relaciones de Suiza y de Brasil con dicho mercado, aseguran la supremacía suiza con el consiguiente flujo de excedente para Suiza. Esta situación es muy distinta a la del saqueo de América llevado a cabo por los españoles, que se basó en un uso muy manifiesto de la fuerza, pero no por ello es menos real; en realidad, es una explotación mucho más barata y eficaz.

Esta forma de relación de poder es diferente de las relaciones de poder encubiertas que veíamos en el epígrafe anterior. Los suizos no están implicados en ninguna manipulación del sistema, sino todo lo contrario. Juegan respetando las leyes del juego. Lo único que pasa es que esas leyes —el funcionamiento de la economía-mundo— obran a su favor por ser un Estado cuya economía se basa en relaciones de producción de centro: al producir más eficazmente pueden controlar países como Brasil, que no pueden competir económicamente con ellos.

La suprema forma de poder que resulta de la posición estructural es la hegemonía mundial. En la teoría de los sistemas-mundo un Estado es hegemónico cuando se hace con la mayoría del potencial económico de la economía-mundo. Esta posición ha sido conseguida por Estados Unidos, motivo por el que el siglo XX a veces se ha apodado el «siglo americano». En el capítulo 2 averiguaremos

más cosas sobre los ciclos históricos del auge y la decadencia de los hegemones. Por el momento nos dedicaremos a analizar el carácter manifiesto y encubierto del poder hegemónico. El poder económico del Estado y sus posibilidades militares lo convierten en el Estado más poderoso. La eficacia en la producción económica conlleva el dominio del comercio global, que, a su vez, suministra ingresos que aseguran el dominio financiero de la economía-mundo. De forma manifiesta, el Estado hegemónico acumula poder militar basado en su fortaleza económica. De forma encubierta, el Estado hegemónico expresa su poder proponiendo y organizando la agenda para el resto de los Estados de la economía-mundo (Arrighi, 1990). Es el líder mundial imitado y emulado por otros países (Taylor, 1996). Por ejemplo, Estados Unidos ha expresado su poder económica y militarmente pero también fomentando con relativo éxito el libre comercio y la democracia liberal. Se puede considerar que la globalización es la culminación de estas proyecciones del poder americano.

Eludir la adopción de decisiones

Con la extraña expresión «eludir la adopción de decisiones» (*non-decision-making*) se alude a la forma más conocida de poder encubierto. Esta expresión proviene de un estudio de Schattschneider (1960) sobre la democracia norteamericana, en el que afirma que «todas las organizaciones tienen algún sesgo». Lo que quiere decir es que en cualquier tipo de política sólo figuran en el orden del día algunos conflictos de interés; el resto «se resolverán al margen de la política» para que no caigan en la esfera de las relaciones de poder manifiesto. Los ejemplos que da Schattschneider están relacionados con los partidos políticos, y más concretamente con la escasez de opciones que tienen los electores norteamericanos, tema que trataremos en el capítulo 6. Actualmente su trabajo es más conocido porque es el punto de partida del concepto «eludir la adopción de decisiones», que Bachrach y Baratz (1962) acuñaron en estudios sobre políticas urbanas. Su tesis es que, si solamente se estudia la toma de decisiones formal y manifiesta en los ayuntamientos, se pasa por alto el proceso de elaboración del orden del día, que es cuando se decide qué temas serán tomados en consideración y cuáles no. Ésta es una forma de manipulación que permite que las decisiones tomen ciertos rumbos que suelen favorecer el mantenimiento del *statu quo*. El poder es encubierto, porque no se tienen que tomar «decisiones» —de ahí la expresión «eludir la adopción de decisiones»— respecto a los asuntos que no están en el orden del día. Desde esta óptica podemos comprender mucho mejor la solidez del presente orden de cosas en la economía-mundo.

En las Naciones Unidas, cuando el Tercer Mundo alcanzó la mayoría en la Asamblea General tras la descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial, se trató durante bastante tiempo de introducir en los debates temas nuevos de política mundial. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo dio origen a dos «décadas de desarrollo» y los trabajos de la Comisión Brandt culminaron en la conferencia de Cancún, donde se celebraron «negociaciones globales». Pero, a pesar del apoyo «de boquilla» prestado al desarrollo de los países más pobres, en Cancún el orden del día de la política mundial no cambió. No fueron las cuestiones Norte-Sur las que predominaron en las relaciones interestatales de los años ochenta, sino que el conflicto Este-Oeste continuó siendo el principal tema de atención. La presión ejercida por las Naciones Unidas

para que se produzca un cambio lo único que parece haber conseguido es debilitar la relevancia de ese organismo a los ojos de los Estados más poderosos, sobre todo de Estados Unidos. La lección es simple: es muy difícil alterar el orden del día una vez que se ha establecido, porque pasa a ser un supuesto básico de la política fuera de discusión. La política de la Guerra Fría entre 1946 y 1989 estableció los presupuestos que guiaron la política mundial, que dejan fuera del orden del día el problema de las enormes desigualdades de nuestro mundo. Éste es un ejemplo de «eludir la adopción de decisiones», porque el resultado es que el *statu quo* permanece intacto, a pesar de los avatares de la política mundial.

Fuerza manifiesta y fuerza potencial

Como ya hemos señalado, el poder manifiesto es la relación política que se observa en los conflictos. En el caso de que produzca un conflicto entre Estados (o Estados en potencia), se puede llegar a la guerra, pero el argumento fundamental es el mismo: si dos Estados *A* y *B* tienen intereses encontrados en determinada situación, los intereses que prevalezcan indican cuál de los dos países tiene más poder. Diríamos que en la guerra civil estadounidense el Norte tenía más poder que el Sur, o que en la Segunda Guerra Mundial los aliados acabaron siendo más poderosos que las potencias del Eje. Esta es una demostración de poder muy importante, como lo atestiguan las 209 guerras interestatales e imperiales y las 152 guerras civiles ocurridas entre 1816 y 1992 de la lista confeccionada por Small y Singer (1995).

El poder manifiesto no tiene por qué hacer uso de la fuerza. Se puede considerar que la intimidación violenta es el último recurso después de haber intentado utilizar la persuasión; pero este tipo de diplomacia no suele basarse en la lógica de los argumentos sino que se respalda en las amenazas de utilización de la fuerza. Tenemos un ejemplo muy claro de este poder potencial o latente en la crisis de los misiles de Cuba en 1962, cuando los buques soviéticos retrocedieron sin que se empleara la fuerza. No es frecuente esa política arriesgada, pero una «diplomacia de cañoneras» más modesta ha sido un sello característico de la política exterior británica y norteamericana en diversas ocasiones a lo largo de los dos últimos siglos. Por ejemplo, Blechman y Kaplan (1978) registran 215 incidentes entre 1945 y 1976 en los que se utilizaron las fuerzas armadas norteamericanas para favorecer los intereses norteamericanos sin que se llegara a apreciar violencia, lo que ellos llaman «fuerza sin violencia». Un ejemplo típico sería la visita que hizo a Turquía en 1946 el navío de guerra más potente de la Armada de los EE UU, el *USS Missouri*, en un momento en que la URSS reclamaba territorio turco. En palabras de Blechman y Kaplan:

Todo el mundo se percató de lo que significaba este hecho; Washington había recordado de un modo no muy sutil a la Unión Soviética y a otros países que era una potencia militar importante y que podía proyectar su poder fuera de su territorio, incluso a costas muy lejanas (1978: 2).

Blechman y Kaplan señalan cuatro períodos en la utilización de fuerza potencial por parte de Estados Unidos, que figuran en la Tabla 1.3 junto con la localización geográfica de los incidentes en ocho escenarios geopolíticos. Se puede ver que Estados Unidos empieza a interesarse por Europa en el primer período, para implicarse en Asia Oriental en el segundo período; en el tercero el Caribe/América Media y el Sudeste Asiático dominan la escena, en tanto que en el último período

Tabla 1.3 Las fuerzas armadas de EE UU y la URSS utilizadas como instrumento político (1946-1975): 366 ejemplos de amenazas de uso de la fuerza.

Escenarios	Períodos							
	1946-8		1949-55		1956-65		1966-75	
	EE UU	URSS	EE UU	URSS	EE UU	URSS	EE UU	URSS
Europa/ El Mediterráneo	15	10	6	24	13	24	5	23
Oriente Medio/ África del Norte	3	2	2	2	18	5	15	23
Asia Meridional	0	0	0	0	2	0	1	3
Sudeste de Asia	0	0	4	0	26	5	12	1
Asia Oriental	1	6	8	5	7	3	5	6
África al sur del Sáhara	0	0	1	0	8	3	1	6
Mesoamérica/ El Caribe	2	0	3	0	35	2	6	2
América del Sur	3	0	0	0	9	0	0	0
Total	24	18	24	31	118	42	45	64

Oriente Medio/África del Norte y el Sudeste Asiático son los escenarios más importantes. Es evidente que los momentos en los que se produce un mayor número de incidentes coinciden con las crisis importantes que se producen tras la Segunda Guerra Mundial: Berlín en el primer período, Corea en el segundo, Cuba en el tercero, y Vietnam e Israel en los períodos tercero y cuarto. Lo interesante es comparar el número de tales incidentes con los dos ejemplos principales de uso de la fuerza por parte de Estados Unidos: en Corea y en Vietnam.

Estados Unidos no es el único país que se «ha entrenado» de esta manera; Kaplan (1981) ha hecho un estudio parecido de la política exterior de la otra superpotencia, la antigua Unión Soviética, y ha señalado 190 «incidentes» en los que las fuerzas armadas soviéticas fueron utilizadas como instrumento político. A fin de poder comparar la utilización de la fuerza potencial por parte de la URSS con la de EE UU, 155 de estos incidentes ocurridos entre 1946 y 1975 se han añadido a la Tabla 1.3. En este caso los datos constituyen un indicio de que la URSS se estaba convirtiendo en una potencia global. En los dos primeros períodos todos los incidentes ocurrieron en zonas adyacentes a la URSS, pero en los dos últimos la influencia política de las fuerzas armadas soviéticas se extiende a todos los escenarios geopolíticos, a excepción de Sudamérica. Pero nos estamos adelantando, puesto que analizaremos la geopolítica en el capítulo 2, y el objetivo de la Tabla 1.3 es sólo poner ejemplos de la existencia de una fuerza potencial y poner de manifiesto su importancia cuantitativa.

Poder y apariencia

Ahora podemos retomar el tema del poder de los Estados. En el enfoque teórico de los sistemas-mundo, el poder depende directamente de la capacidad que tenga

el Estado de actuar en el sistema para obtener ventajas materiales. Esta capacidad es resultado de la eficacia de los procesos productivos en los Estados, aspecto que medimos con las categorías de centro, semiperiferia y periferia. Si el poder se expresa de un modo manifiesto es de esperar que, en un conflicto determinado, la probabilidad de que el resultado sea favorable para una parte dependerá de que pertenezca al centro, semiperiferia o periferia, por este orden; pero el problema es que la mayoría de las expresiones del poder son encubiertas y estructurales. Aunque esta definición de poder sea fundamentalmente económica, está estrechamente relacionada con la idea de «Estado fuerte», de la cual es complementaria.

En términos generales los Estados del centro suelen tener una idiosincrasia liberal dado que su poder se basa, ante todo, en su supremacía económica. El Estado holandés del siglo XVII fue el primer Estado que alcanzó esa afortunada posición. Al ser una federación de condados políticamente débil nunca dio la impresión de ser el Estado más poderoso del mundo, pero durante un corto período de tiempo eso es precisamente lo que fue. Posteriormente Gran Bretaña y Estados Unidos se convirtieron, por este orden, en los Estados «liberales» más importantes. En el capítulo 3 a todos estos Estados los denominaremos hegemónicos. En cambio, los Estados de la semiperiferia suelen ser Estados autoritarios que dan una imagen de fortaleza política. Tenemos bastantes ejemplos, desde las monarquías absolutas del principio de la economía-mundo hasta los regímenes autoritarios de la semiperiferia del siglo XX, tales como los regímenes fascistas europeos de los años treinta, los regímenes militares latinoamericanos en los años setenta, y los regímenes comunistas hasta 1989 y 1990. Esta postura política se puede atribuir en parte a que intentan compensar su relativa debilidad económica; hay que recordar que la semiperiferia es el nivel más dinámico de la economía-mundo y que estos Estados tienen que utilizar procesos políticos para reestructurar el sistema a su favor, aunque evidentemente en la mayoría de los casos no lo consiguen. Por último, están los Estados periféricos, el elemento más débil del sistema. Durante gran parte de la historia de la economía-mundo esta zona no ha tenido el control político de su propio territorio, sino que ha tenido un estatus colonial. Sin lugar a dudas esta posición es la más débil que se puede tener en la economía-mundo; incluso, aunque accedan a la independencia política, la dependencia económica continúa, lo que ha dado origen a conceptos como «imperialismo informal» y «neocolonialismo», que aluden a que el destino de estos países sigue estando casi por completo fuera de su control. El principal problema de estos Estados es su seguridad interna, lo que origina represión y regímenes a menudo efímeros. Abordaremos el tema del imperialismo informal y de los Estados periféricos en capítulos sucesivos, pero lo que queremos destacar ahora es que, a pesar de los tanques y los fusiles, estos Estados son esencialmente débiles; el poder político manifiesto que emplean es un intento de compensar su carencia de poder «real» en la economía-mundo.

A la vista del resultado de las guerras del siglo XX, podemos justificar por qué hacemos tanto hincapié en los aspectos económicos del poder a expensas de los aspectos estrictamente militares y políticos. Parece que el éxito económico de Japón y Alemania tras la Segunda Guerra Mundial desmiente la importancia de las victorias militares en comparación con los procesos económicos fundamentales sobre los que se basa la economía-mundo. Muchos observadores llegan a afirmar que estos dos países, al final, salieron ganando económicamente al perder la Segunda Guerra Mundial, ya que después no se les permitió que hicieran inversiones de tipo militar a gran escala. Evidente-

mente los motivos del éxito económico de Japón y Alemania son mucho más complejos, pero este ejemplo pone de manifiesto, sin lugar a dudas, la sutileza del poder en el sistema-mundo actual.

Empezamos este apartado hablando de anomalías de poder en el resultado de dos conflictos recientes, las guerras de EE UU contra Vietnam, y de Gran Bretaña contra Islandia. Creo que estaremos de acuerdo en que, por sutil que sea nuestro estudio del poder del Estado, seguimos sin poder explicar del todo por qué en ambos casos ganó la parte más «débil», pero lo importante es aprender de los fallos. ¿Por qué nuestro análisis no nos ha permitido hasta ahora añadir algo interesante sobre estos conflictos? La respuesta es que hemos considerado que los Estados participaban en los conflictos sin tener en cuenta su política interna. Esto es lo que suelen hacer los estudios de Relaciones Internacionales al separar la política «nacional» de la internacional y asumir que cada una de ellas constituye una esfera de actividad independiente. En Geografía Política no tenemos motivos para aceptar esta forma de hacer las cosas; es más, nuestro argumento es que esta postura no permite llegar a comprender del todo la política estatal. Por ejemplo, en el caso de la llamada Guerra del Bacalao, la importancia del conflicto era muy distinta para la política nacional de cada uno de los países implicados: para Islandia el conflicto era de la mayor prioridad en política exterior, mientras que para Gran Bretaña había muchas otras cuestiones importantes que sopesar. Pero el caso más interesante continúa siendo el hecho de que Estados Unidos no consiguiera vencer a Vietnam, ya que no hay duda de que, al ser en aquella época el país más importante del centro, disponía de muchos más recursos que Vietnam. Sólo si examinamos la situación interna de cada país se puede comprender por qué no triunfó la potencia mayor.

En primer lugar, es preciso que tengamos en cuenta la naturaleza del desafío vietnamita. El movimiento de liberación vietnamita movilizó a los habitantes de Vietnam hasta extremos insospechados. La guerra nunca se desarrolló convencionalmente, con frentes militares; porque, aunque los norteamericanos obtuvieran victorias, el enemigo siempre conseguía volver a rodearlos. En este sentido la guerra era como una eterna consigna, al estilo de la del general Custer, de aguantar a pie firme hasta el final. Los norteamericanos se encontraron en la postura, literalmente contradictoria, de poder «salvar» a Vietnam solamente destruyéndolo, lo cual está relacionado con la segunda parte de nuestra explicación. La destrucción que llevó a cabo Estados Unidos en Vietnam impidió que tuviera éxito su campaña para ganarse «los corazones y las conciencias» de los campesinos vietnamitas, a la vez que fomentó los esfuerzos vietnamitas por conquistar «el corazón y la conciencia» de la opinión pública norteamericana. La división de los norteamericanos significó el fin de la guerra y condujo a la victoria militar del semiperiférico Vietnam. Hoy en día a una persona que fuera a Vietnam y a Estados Unidos le costaría reconocer al ganador. Actualmente los vietnamitas ya no saborean las mieles de la victoria, porque la cohesión nacional que condujo a la victoria militar no se ha encauzado de forma adecuada para lograr la prosperidad económica. Este es un objetivo mucho más difícil de conseguir, que requiere la utilización de una estrategia completamente distinta. Ser un Estado semiperiférico ya constituye de por sí una carga suficientemente pesada y, si a ello se añade la destrucción que produce una guerra, el futuro inmediato parece muy poco prometedor. La situación de Vietnam no le permite competir en la economía-mundo como lo haría un Estado semiperiférico en alza; al igual que muchos otros Estados del Tercer Mundo, ha descubierto que obtener la independencia política es un triunfo vano mientras continúe la pobreza económica. El poder estructural es así.

IV.3. La economía-mundo desde la perspectiva de la geografía política

Las instituciones de los lugares concretos sirven de mediadoras del poder. Nuestra exposición sobre el poder empezaba en un entorno geográfico específico, el patio de un colegio, y en el estudio del poder es preciso que volvamos a la geografía. Hay dos formas en que la geografía está implicada en las relaciones de poder. En primer lugar, el propio espacio es una área de disputa. El espacio nunca constituye un mero escenario donde se desarrollan los acontecimientos: ninguna disposición espacial tiene nada de neutral. En ocasiones se admite este hecho y el espacio forma parte de la agenda de la disputa (más adelante ponemos un sencillo ejemplo de la definición espacial de un electorado para decidir los límites nacionales). Sin embargo, las disposiciones espaciales pueden formar parte de del mundo que damos por sentado, de forma que el poder potencial se hace realidad por la «puerta trasera», por así decirlo. Foucault (1980) nos enseñó la importancia de esa «geografía invisible». En nuestra opinión, el ejemplo más importante es el pensamiento estadocéntrico, que considera que el Estado-nación no es una construcción social sino una división «natural» de la humanidad.

En segundo lugar, Doreen Massey (1993) nos recuerda que el poder supone mucho más que el ruedo donde ocurre. Hay una «geometría del poder», una red de corrientes y conexiones que es característica de todo individuo en todo lugar concreto. Por tanto, afirma, la globalización en cuanto proceso incorpora algunas personas y algunos lugares mucho más que otros. Como señalamos antes, la globalización ha sido muy desigual en su geografía. Por ejemplo, la famosa comprensión «espacio-temporal» que suponen las comunicaciones actuales puede haber cambiado la vida de los banqueros, pero no ha tenido ninguna influencia directa en las mujeres que recogen leña en la sabana africana. Massey combinando la idea de la globalización desigual con ideas relacionadas con el trabajo de Schattschneider (1960) sobre el alcance de los conflictos infiere lo que denomina «sentido de lugar que se transforma». Según esa argumentación los lugares más pequeños no se encierran en sí mismos para proteger su «territorio», sino que todos los lugares tienen miles de conexiones con otros lugares. En la geometría del poder los lugares tienen importantes vínculos económicos, produciendo mercancías, por ejemplo, para el mercado mundial, pero también tienen importantes conexiones culturales que en muchos casos están relacionadas con los orígenes geográficos de algunos integrantes de la comunidad. La clave es que no podemos llegar a entender bien un lugar si nos limitamos a examinar lo que contiene; las relaciones que mantenga con el exterior son importantes y se producen en las distintas escalas geográficas. Este es el punto de partida de la geografía política de los sistemas-mundo.

El análisis de la economía-mundo desde el punto de vista de la geografía política solamente tiene sentido si nos aporta elementos de juicio que no se puedan obtener desde otras perspectivas. Anteriormente hemos insinuado que creemos que éste es el caso, y ahora intentaremos justificarlo de un modo explícito. Lo esencial de nuestro argumento es que la utilización de la escala geográfica como estructura organizativa nos permite entender mejor ciertos problemas. En concreto, la estructura geográfico-política de los sistemas-mundo que utilizamos nos aporta una serie de ideas sobre aspectos del funcionamiento de la economía-mundo que no han quedado suficientemente claros en otros estudios (Flint y Shelley, 1996). Semejante afirmación requiere algún tipo de justificación por nuestra parte, que elaboraremos teniendo siempre presente: primero, que es

un problema político práctico contemporáneo de importancia vital; y segundo, que se trata de una contribución teórica al análisis de los sistemas-mundo.

El ámbito político en tanto que escala geográfica: cuando la democracia no soluciona nada

Hemos dicho que el resultado de un conflicto depende en último extremo del ámbito en el que se desarrolle el conflicto, y también hemos comentado que las partes más débiles lo saben muy bien. En muchos casos el ámbito puede equipararse con la escala geográfica a nivel de la cual se resuelve, o se media para resolver, el conflicto. Vietnam trató en los años sesenta de poner a la «opinión internacional» de su lado, cosa que logró puesto que hubo manifestaciones antiamericanas en todo el mundo. Asimismo, el movimiento *antiapartheid* obtuvo un gran triunfo al convertir la política interior sudafricana en una cuestión internacional en los años ochenta. Si hoy Kuwait no es una provincia de Irak se debe a que fue capaz de convertir una disputa «local» sobre su soberanía en una guerra promovida por las Naciones Unidas. Aunque citemos estos conocidos ejemplos, no deberíamos olvidar que alterar el campo de acción de este modo constituye un hecho excepcional; podríamos decir que la norma es que los que pierden una disputa no logran extender el conflicto. Uno de los motivos importantes puede ser la división política de nuestro mundo. Una de las funciones clave de las fronteras de los Estados consiste en impedir que los conflictos políticos se desborden al antojo de los perdedores y se conviertan en conflictos a escala global. Pero también es posible que las mismas fronteras sean cuestionadas políticamente, y el caso más claro lo constituyen las revueltas que se producen actualmente en la Europa Oriental después del derrumbe del comunismo.

Al haberse desintegrado las antiguas federaciones de Yugoslavia y de la URSS, las antiguas fronteras de los Estados federados se han convertido en las fronteras de Estados soberanos. Este proceso no tendría por qué ser un problema si los diversos grupos nacionales formaran unidades espaciales contiguas, claras y compactas, donde se pudieran trazar fácilmente fronteras; pero la geografía política y cultural no es algo tan sencillo, ya que los diversos grupos étnicos nacionales suelen estar mezclados en el espacio. Es el caso de los rusos y los serbios, muchos de los cuales se encuentran fuera de Rusia y de Serbia. La Fig. 1.4 es una ilustración esquemática de esta situación en la que hay una mezcla de dos grupos en una parte del país. ¿Debería haber un país o dos? Sin duda, deberíamos dejar que la gente decidiera qué estructuras políticas deberían mantenerse; pero procedamos a investigar este ejercicio democrático.

Suponiendo que las elites políticas respectivas hayan movilizado a los dos grupos nacionales, podemos dar por hecho que en una votación a escala del Estado original ganarían los unionistas. La mayoría de la gente, o lo que es lo mismo, el grupo nacional mayoritario, no quiere que su país se divida. ¡Es una trampa!, dirá la minoría, porque en el noroeste hay una mayoría local que quiere separarse. Si prevalece el voto original, los que han perdido podrían perfectamente levantarse en armas para luchar por su «independencia nacional». ¿Sería antidemocrática una acción semejante? Otra posibilidad es que se organizaran para conseguir apoyo internacional para que las Naciones Unidas patrocinaran unas elecciones exclusivamente en el noroeste. En este caso podemos dar por hecho que los antiguos separatistas ganarían y proclamarían la independencia como resultado de

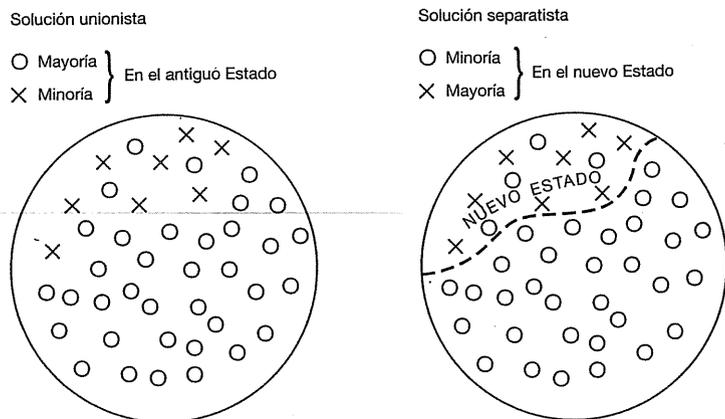


Figura 1.4 Escala geográfica y ámbito político.

una decisión democrática del pueblo; pero al hacerlo han creado una nueva minoría, los que formaban parte de la mayoría en la federación anterior que ahora viven en un Estado controlado por sus antiguos enemigos. Si se desecha la solución original de mantener la unidad, ellos a su vez exigirán para sus tierras la independencia del nuevo Estado del Noroeste. Lo más seguro también es que el Estado nuevo no consienta que haya otras elecciones que dividan el territorio soberano que acaba de obtener. Así pues, al negárseles la vía democrática, la única solución que le queda a la nueva minoría es recurrir a las armas para conseguir la independencia nacional. Además, los nuevos separatistas podrán recabar el apoyo de sus compatriotas del otro lado de la frontera del nuevo Estado.

Este argumento de pesadilla pone de manifiesto que, cuando se trata de resolver disputas políticas, la democracia depende, tanto como cualquier otra fórmula de solución, del ámbito en el que se desarrolle el conflicto. La voluntad democrática del pueblo puede legitimar cualquiera de las tres soluciones del conflicto: la de mantener la unidad, la primera división y la segunda división. Evidentemente la cuestión es cómo definimos el pueblo; en los casos de disputa sobre la soberanía territorial ésta ha de ser una cuestión de escala geográfica. Lo que determina la «solución democrática» no es la votación, sino la decisión de carácter geográfico que se toma antes de las elecciones sobre el ámbito de las elecciones, porque, una vez fijados los límites, conocemos el resultado de las elecciones. Esto no es simplemente «falsificar los límites» para favorecer a alguna de las partes, porque no hay ninguna respuesta totalmente acertada a la pregunta de quién debería votar. Al final, la respuesta sólo puede ser una decisión política en la que influye el poder relativo de sus participantes, pero el motivo de aportar soluciones democráticas al conflicto era impedir que la política de poder de las elites decidiera el resultado. Tenemos que llegar a la triste conclusión de que no hay una solución democrática en una situación en la que escalas geográficas distintas dan como resultado perdedores nacionales distintos.

Aunque lo hayamos expuesto de forma esquemática, muchos lectores se habrán percatado de que la derrota de los que querían mantener la unidad en Yugoslavia y la URSS ha provocado situaciones parecidas a las anteriores. Algunas poblaciones nacionales, ahora minoritarias, han sido separadas de la mayoría a la

que pertenecían; por ejemplo los serbios que habían constituido la mayoría en la antigua Yugoslavia, ahora son la minoría en Bosnia, y lo mismo ocurre con los rusos en la URSS, antes, y en Ucrania, ahora. Puesto que los que más pierden con este cambio de escala de la acción política son estas nuevas minorías, podemos esperar que en su seno surja un nacionalismo sumamente militante, como ha ocurrido con los serbios en Bosnia y Croacia, pero este nacionalismo militante sigue teniendo la posibilidad de desintegrar los antiguos Estados de la URSS. En este argumento no hay nada nuevo, porque ¿quién debería votar en un referéndum para decidir si Irlanda del Norte se une a la República de Irlanda? La escala elegida (Irlanda entera o sólo la provincia del Norte) decidiría, sin duda alguna, el resultado independientemente de que sea en Irlanda del Norte donde la causa nacionalista tiene un apoyo más militante. La comunidad católica nacionalista es la típica minoría que se convertiría en mayoría. Otras minorías nacionalistas militantes que se están gestando son los sudafricanos blancos, que continúan a la búsqueda de un Estado propio tras perder el control de Sudáfrica, y los colonos judíos de Cisjordania y Gaza, sometidos en el futuro al mandato de alguna entidad política autónoma palestina. Ninguno de estos casos se puede solucionar democráticamente debido a que la decisión sobre cuál es el ámbito de su resolución es política, ya que la escala geográfica que se escoja por sí sola decidirá quién triunfa. Este ejemplo, además de poner de manifiesto la importancia de la geografía política para entender la política del mundo de hoy, justifica que hayamos elegido la escala geográfica como principio organizador de la geografía política de los sistemas-mundo.

La ideología que separa la experiencia de la realidad

A pesar de que la globalización, como ha señalado hace poco Storper (1997: 27), sea un «proceso fundamentalmente geográfico denominado con un término geográfico», la mayoría de los estudios no han considerado problemático este aspecto geográfico; se ha dado por sentada, en particular, la cualidad que tiene la globalización de escala básica. Este hecho está en consonancia con la tradición en la ciencia social de contemplar el espacio sólo como un telón de fondo inerte en relación con los procesos de cambio. Así pues, se considera que lo global es una escala geográfica dada por supuesta que han llegado a alcanzar la sociedad y la economía modernas. No es de extrañar que debido a este enfoque puedan olvidarse fácilmente las demás escalas de actividad y que lo global parezca casi «natural». La geografía humana actual, en cambio, estima que todos los espacios y lugares son construcciones «sociales», fruto de los enfrentamientos y acuerdos que crean un paisaje geográfico. La escala geográfica, concretamente, se crea por medio de la política (Delaney y Leitner, 1997) y los argumentos relacionados con la democracia y las líneas divisorias que presentamos en la última parte exponen los motivos para ello. Por consiguiente, la globalización actual no constituye una escala de actividad que está esperando a que la alcancen, sino que forma parte de la creación de una geografía humana de múltiples escalas.

Puede que no tenga nada de extraño que hayan sido los geógrafos políticos, en particular, los primeros en captar —en los años setenta— el potencial de la escala geográfica como marco organizador principal de sus estudios. Sin embargo, estas primeras obras, aunque tuvieran la perspicacia de señalar la importancia que tenía la escala, abordaron el tema como si fuera algo incuestionable. En vez de hacer

como los estudios de la globalización actuales que adoptan una perspectiva única, estas geografías políticas emplearon tres escalas de análisis: la internacional o global, la nacional o estatal, y una intranacional que suele ser una escala de ámbito urbano. Aunque esta estructura supone un consenso, resulta especialmente decepcionante el hecho de que se haya llegado a este tipo de acuerdo sin haber enunciado una teoría que justifique una trilogía de escalas geográficas (Taylor, 1982). Entonces surgen dos preguntas: «¿por qué sólo tres escalas?» y «¿por qué esas tres en concreto?». Estas preguntas nunca han sido contestadas, porque nunca han sido formuladas. Sencillamente, estas escalas se dan por sentadas; algún autor ha llegado a decir que «parece que estas tres grandes áreas de interés no necesitan presentación» (Short, 1982: 1). Pues bien, es evidente que no es así; estas tres escalas no surgen sólo por casualidad, para que los geógrafos políticos tengan «perchas» cómodas en las que colgar la información. De hecho, en muchos estudios de ciencias sociales que no son de geografía política se reconoce implícitamente que existen tres escalas (Taylor, 1981b), lo que representa una cierta visión del mundo que es una forma sutil de desarrollismo. Las escalas giran en torno al Estado, que es la unidad elemental, razón por la que se utilizan los términos de internacional, nacional e intranacional. Esta postura puede dar lugar a una separación en el estudio de las escalas geográficas que acabe con el carácter holístico fundamental del sistema-mundo moderno. En este sentido, Short (1982: 1) habla de «distintas escalas espaciales de análisis» y Johnston (1973: 14) llega a referirse a la existencia de «sistemas relativamente cerrados o autosuficientes» en estas diferentes escalas. Es evidente que una geografía política crítica no puede dar por sentada sin más esta organización de triple escala; el marco teórico tiene que explicar por qué existen esas escalas y cómo se relacionan entre sí.

¿Por qué tres escalas? No resulta obvio a primera vista. Es relativamente fácil distinguir en nuestra vida moderna muchas más escalas que estas tres escalas geográficas. Smith (1993), por ejemplo, defiende de forma convincente una jerarquía de siete escalas fundamentales: el cuerpo, la casa, la comunidad, lo urbano, la región, la nación y lo global. No cabe duda de que este número es fácil de aumentar; por ejemplo, los eruditos en relaciones internacionales distinguen otra escala «regional» entre el Estado-nación y lo global (Europa Occidental, Sudeste Asiático, etc.). En el otro extremo, los estudios de la globalización, incluso si no se limitan a su única escala, parece que sólo ven dos escalas (la local en contraposición a la global) por lo que han recibido críticas (Swyngedouw, 1997: 159). Los ecologistas han sido especialmente proclives a adoptar esta perspectiva tan limitada con su famoso slogan «piensa globalmente, actúa localmente». Swyngedouw (1997: 159) interpreta que la globalización es un «reescalamiento» de la economía política que se aleja en dos direcciones de la concentración institucional del poder en el Estado: hacia arriba, a escenarios globales, y hacia abajo, a escenarios locales. Como el Estado se sitúa en el centro, constituye la creación de una organización de triple escala como la que promovieron los geógrafos políticos pero con una justificación teórica. En este texto abordamos las tres escalas de una manera general, que va más allá de la globalización actual analizándolas como elementos indispensables para el funcionamiento a largo plazo del sistema-mundo moderno.

Desde la perspectiva de los sistemas-mundo, la organización de triple escala de los geógrafos políticos nos recuerda mucho a la estructura tripartita definida por Wallerstein que permitía controlar los conflictos, (Taylor, 1982). Anteriormente hemos visto su ejemplo geográfico de centro-semiperiferia-periferia, al que podemos referirnos con el término de estructura geográfica horizontal tripartita. Nues-

tras escalas forman una estructura geográfica vertical tripartita cuyo centro es el Estado-nación. El papel de las estructuras tripartitas consiste en fomentar la existencia de una categoría intermedia que separe intereses en conflicto. Por tanto, en nuestro modelo, el Estado-nación es la instancia intermedia entre la escala global y la local. Dado que un aspecto geográfico-política fundamental de esta intermediación consiste en actuar como un simple amortiguador o tapón, debemos considerar que esta disposición constituye un ejemplo clásico de ideología que separa la experiencia de la realidad. Las tres escalas, por tanto, incluyen una escala nacional asociada a la ideología, una escala local asociada a la experiencia y una escala global asociada a la realidad. La Fig. 1.5 ilustra esta idea de un modo esquemático y la compara con la estructura geográfica horizontal de Wallerstein.

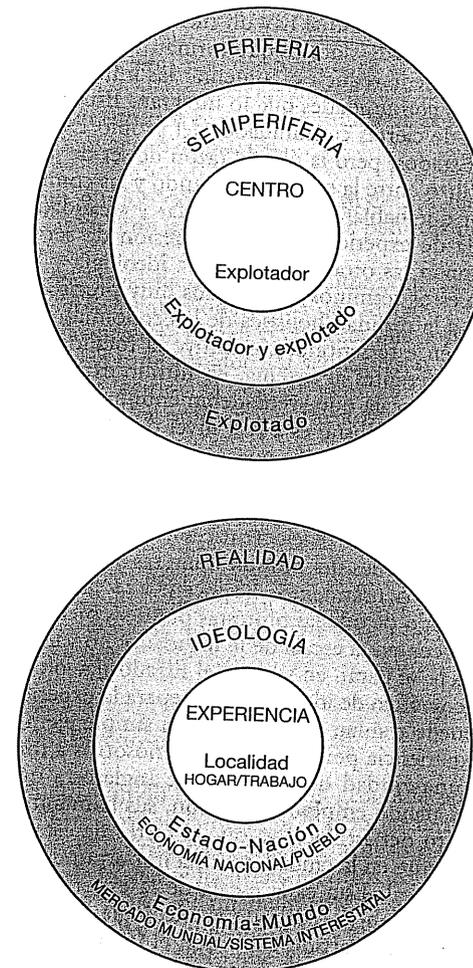


Figura 1.5 Estructuras tripartitas de separación y control: (a) División horizontal por áreas. (b) División vertical por escalas.

Vamos a analizar esta interpretación de la cuestión de las escalas más detalladamente. La escala de la experiencia es la escala en la que vivimos a diario, e incluye todas nuestras necesidades fundamentales, como trabajo, techo y consumo de artículos básicos. Para la mayoría de los que viven en países del centro se trata de un «sistema» urbano que abarca el área de desplazamientos cotidianos; para la mayoría de los que viven en otra parte se trata de una comunidad rural. Pero las actividades cotidianas de todos no dependen de la localidad; pues, como vivimos en un sistema-mundo, el escenario que influye en nuestras vidas es mucho más amplio que nuestra comunidad local, sea ésta urbana o rural. En la economía-mundo actual los acontecimientos más importantes se producen a escala global, que es la escala final de acumulación en la que el mercado mundial define los valores que acabarán imponiéndose en las comunidades locales. Pero esta influencia no es directa; en el mercado mundial hay un filtro constituido por determinados agrupamientos de comunidades locales que forman los Estados-nación. La política del Estado-nación puede reducir o aumentar las influencias que ejercen estos procesos globales en las comunidades que lo integran. Este tipo de manipulación puede hacerse a costa de ciertas comunidades del propio Estado o a costa de comunidades de otros Estados; pero la última razón de ser de la política en esta estructura es servir de filtro entre la economía-mundo y las comunidades locales.

Sin embargo, ¿por qué hablamos de «ideología» y «realidad» en este contexto? El concepto de escala de experiencia da la impresión de ser bastante corriente, pero ¿cómo se relacionan las otras escalas con la ideología y la realidad? En este modelo atribuimos a estos términos significados muy precisos. Al hablar de «realidad», nos referimos a la realidad holística de la economía-mundo que integra al resto de las escalas y, en este sentido, constituye la totalidad del sistema, por lo que las explicaciones referentes al sistema, en último extremo, tienen que remitirse a este «todo». Es la escala que «verdaderamente importa», ya que, siguiendo nuestro razonamiento materialista, es a este nivel donde, por medio del mercado mundial, se produce la acumulación, que es lo que mueve todo el sistema. En cambio, la ideología es una visión parcial del sistema que da una imagen deformada y limitada de la realidad. En nuestro modelo la realidad del sistema-mundo es filtrada a través de ideologías «naciocéntricas», es decir centradas en la nación, que crean una serie de visiones del mundo opuestas y a menudo contradictorias. Nuestra tesis es que este pensamiento «naciocéntrico» ha impregnado la política moderna, con el resultado de que las protestas políticas pierden de vista los procesos clave que se producen en la escala de la realidad y no van más allá de la escala de la ideología, es decir, se paran en seco en el Estado-nación. En este sentido, tenemos un modelo geográfico de ideología que separa la experiencia de la realidad.

En este punto puede resultar esclarecedor un simple ejemplo, que hemos sacado de la propia experiencia política de uno de nosotros a finales de los años setenta. Wallsend es una ciudad del nordeste de Inglaterra que se dedicaba a la construcción naval. Cuando empezó la recesión, sus habitantes estaban muy preocupados por el futuro del astillero, ya que el cierre de esta empresa, que era la que empleaba a más gente en la ciudad, tendría importantes repercusiones negativas en la comunidad local. Esta es la escala de la experiencia. Sin embargo, las medidas políticas surgen en la escala de la ideología. Ante las presiones, entre otras, de la sección local del Partido Laborista, el Gobierno británico, que era laborista en aquel entonces, nacionalizó los astilleros, entre ellos el de Wallsend. Pero esta medida es ideológica porque supone sólo una visión parcial del problema, ya que puede que proteja el empleo a corto plazo, pero no ataja el pro-

blema de los astilleros de Wallsend a largo plazo. Esos problemas son consecuencia de acciones que se producen en la escala de la realidad, ya que la oferta y la demanda de buques tienen un ámbito global. El origen de los problemas de esta industria fue el descenso de la demanda de construcción de buques al empezar a subir el precio del petróleo en los años 1973 y 1974, y el aumento de la oferta debido a la aparición de astilleros nuevos en otros países como Corea del Sur. Es evidente que una política de nacionalización en el Estado británico está muy lejos de resolver el problema de la industria de construcción naval de Wallsend; se trata más bien de una solución política que se detiene en la escala del Estado, por lo que no pone en cuestión los procesos de acumulación que operan a escala global. Esta situación ha sido bien resumida por Nelund (1978: 278):

La imagen de un mundo de naciones no nos proporciona un lenguaje que podamos utilizar en la vida cotidiana para enfrentarnos con nuestras preocupaciones. Es una carga mental o, peor aún, nos conduce en la dirección equivocada al situar nuestras verdaderas preocupaciones fuera de nuestro alcance, haciendo que nos impliquemos en esfuerzos de carácter institucional por abordar las cuestiones que nosotros mismos hemos desplazado.

Esta «imagen de un mundo de naciones» niega el carácter holístico del sistema-mundo moderno, apartando a la mayoría de las políticas de la escala de la economía-mundo.

¿La globalización actual ha cambiado la situación? Las nuevas elites estatales están utilizando lo global como una forma de amenaza para rediseñar la política nacional y local, y el éxito que obtienen con esta nueva política demuestra que la resistencia política a los cambios globales sigue siendo muy limitada. Puede que varíe la forma en que se legitima la política, pero el Estado sigue siendo un amortiguador entre la clase de los productores directos, que está dividida en naciones, y el capital global.

Por último, debemos hacer hincapié en que este modelo no propone tres procesos que funcionan en tres escalas sino un único proceso que se manifiesta en tres escalas. En general, el proceso es el siguiente: la necesidad de acumulación se experimenta localmente (por ejemplo, el cierre de un hospital) y se justifica a nivel nacional (por ejemplo, para fomentar la eficacia nacional) para que, al final, los beneficios se organicen a nivel global (por ejemplo, pagando menos impuestos las empresas multinacionales). Es un proceso único en el que la ideología separa la experiencia de la realidad. Sólo hay un sistema: la economía-mundo capitalista.

Economía-mundo, Estado-nación y localidad

Este modelo es nuestro modo de organizar la geografía política y se resume en el subtítulo de este libro: economía-mundo, Estado-nación y localidad. Nos atenemos a la costumbre de utilizar tres escalas de análisis, pero las abordamos de un modo más analítico de lo que se ha hecho en otros estudios. Aunque cada uno de los capítulos siguientes trata fundamentalmente de actividades asociadas con una de las tres escalas, no constituyen estudios de cada escala por separado. Por ejemplo, el imperialismo es un concepto que se asocia con la escala global, pero nuestra tesis es que no puede ser entendido a menos que se tengan en cuenta los grupos de toda índole que actúan en el seno de los Estados. Por otra parte, los

partidos políticos actúan a escala nacional, pero demostraremos que no pueden ser entendidos sin tener en cuenta la escala global. En cada capítulo los argumentos varían de escala dependiendo del tema que se explique en concreto.

Todos los capítulos tienen un esquema parecido. Empezamos repasando enfoques anteriores, que consideramos «legados» diversos de la geografía política, aunque, a continuación, haya que desechar parte de esa herencia porque ha dejado de ser relevante, o es falsa e induce a equívocos. Pero otras partes de nuestro legado se utilizan como punto de partida y se desarrollan. Por último, se añaden algunos elementos a la geografía política aplicando la lógica de los sistemas-mundo. Resumiendo: desechamos, desarrollamos y creamos ideas geográfico-políticas.

Los capítulos 2 y 3 están dedicados respectivamente a la geopolítica y al imperialismo. En la geopolítica nos encontramos con el legado de la «política de poder», y en el imperialismo con un legado marxista y revolucionario. Las dos herencias, a pesar de que son muy distintas políticamente, son criticadas con la misma severidad porque son excesivamente estadocéntricas. Como marco teórico alternativo planteamos ideas sobre la construcción del Estado y sobre los ciclos políticos, presentando un modelo dinámico de la política en la economía-mundo. Los elementos nuevos que se derivan de nuestro análisis de los sistemas-mundo son las geografías del imperialismo y el papel de la antigua URSS en la geopolítica.

En los capítulos 4 y 5 nos ocupamos de la clásica trilogía de la geografía política: territorio, Estado y nación. Desde nuestro punto de vista, el legado de los estudios sobre el Estado territorial está imbuido de desarrollismo y funcionalismo, en tanto que el legado del nacionalismo tiene un carácter excesivamente ideológico. Nosotros, en cambio, planteamos ideas sobre el Estado como mecanismo de control, y sobre la nación como vehículo de consenso político. Las reinterpretaciones y las nuevas ideas que nacen de la lógica de los sistemas-mundo incluyen la estructura espacial del Estado, una teoría de los Estados en la economía-mundo y una teoría materialista del nacionalismo.

El capítulo 6 se ocupa de la geografía electoral, situándose en la misma escala que el anterior. Los trabajos que podemos considerar «legado» tienen un alcance geográfico muy restringido: los Estados del centro han sido el objeto principal de estudio, y ello es debido a que en la mayoría de esos estudios se ha utilizado una teoría liberal de las elecciones. Nosotros utilizamos la lógica de los sistemas-mundo para interpretar las elecciones y el funcionamiento de los partidos en todo el mundo. Aunque la geografía electoral constituye una de las áreas que más se ha desarrollado en la geografía política actual, presentaremos argumentos en favor de un replanteamiento profundo de esta área.

En los últimos capítulos consideramos que la escala local son las localidades que experimentamos en nuestra vida cotidiana. En el capítulo 7 consideramos las localidades como escenarios en los que tiene lugar la política. Esta «política de la localidad» se introduce por medio de un análisis del legado de los estudios espaciales en que la política desaparece. Al recuperar la política nos dedicamos a estudiar los conflictos, formales e informales, que han caracterizado la geografía política local. Acabamos el capítulo con una disertación sobre las ciudades mundiales, enlazando de este modo lo global con lo local. En el capítulo 8 pasamos de consideraciones sobre el espacio a consideraciones sobre el lugar, por lo que nuestras localidades adquieren mayor «calidez». En este caso es el legado de la ecología el que esconde la política, pero ahora la reactivación origina una política de las «identidades emplazadas en lugares» (*identities in places*). En estos «lugares que

progresan», exploramos la idea del nacimiento de una nueva política de la identidad a través de las instituciones principales del sistema-mundo moderno —es donde finalmente consideramos algo de mayor entidad que el Estado—. Concluimos con lo que puede convertirse en el principal estimulante para la nueva política: la globalización ecológica.

El resultado es una geografía política que intenta que nos replanteemos la investigación desde el punto de vista de los sistemas-mundo. No sólo hay algo de vino nuevo en botellas viejas, sino que también hay algo de vino añejo en botellas nuevas. Aunque el vino de esta cosecha no haya madurado suficiente todavía, es de esperar que al lector perspicaz no le resulte demasiado amargo.